

IDYLL

ELIO QUIROGA

DOLMEN
EDITORIAL

«El asesinato es un crimen para la mayoría, o un privilegio para unos pocos».

James Stewart, en el papel de Rupert Cadell, en *La sogá* (1948), dirigida por Alfred Hitchcock, con guión de Hume Cronyn, Patrick Hamilton, Arthur Laurents y Ben Hetch.

«— Si viese usted a Atlas, el gigante que sostiene al mundo sobre sus hombros, si usted viese que él estuviese de pie, con la sangre latiendo en su pecho, con sus rodillas doblándose, con sus brazos temblando pero todavía intentando mantener al mundo en lo alto con sus últimas fuerzas, y cuanto mayor sea su esfuerzo, mayor es el peso que el mundo carga sobre sus hombros, ¿qué le diría usted que hiciese?

— Que se rebele».

Ayn Rand, *Atlas shrugged*
(*La rebelión de Atlas*).

«¡Cálmese!
Ahora repita conmigo:
es solo una novela, es solo una novela.
Es solo una novela».

(Durante la presentación de la obra original en una librería de Nueva York, el psiquiatra Andrew Towne se vio obligado a asistir a una persona no identificada, que sufrió una crisis de nervios ante algunos pasajes especialmente explícitos que se leyeron en público).

PRÓLOGO

por Paul Ratner¹

La presente narración pretende reconstruir unos hechos que conmovieron a todo el planeta hace unos años. Se ha creado partiendo de notas, archivos y testimonios orales de familiares, y refleja de forma creo que fidedigna los últimos meses de la existencia de la comunidad más envidiada de América (en palabras del sociólogo Henry Batista), o «la ciudad construida de la materia de la que están hechos los sueños» (eslógan de la primera campaña de lanzamiento). Las licencias literarias necesarias para novelar la historia no eliminan su poderosa carga de realidad y el hecho de que esta fue una historia de cambió el mundo, por muy dura que sea de recordar.

El autor, en un salto mortal que recuerda en ciertos momentos a Hunter S. Thompson, relata esta historia novelada de horror real gracias al poder de la ficción sin perder ni uno de los rasgos posibles que la habitan. Eso puede que la haga más digerible y menos espantosa al lector. O, quizá por ello, todo lo contrario, y esto sea un *Retrato de Dorian Gray* del horror sin tapujos.

Hasta donde puedo decir, esta historia se ajusta a ciertos hechos verdaderos. Y hasta donde el secreto profesional me obliga, no puedo afirmar si son reales o no, imaginarios o reconstrucciones. No me pidan más. Se han cambiado cosas, sí, pero otras siguen siendo tan ciertas como el día en que debieron de ocurrir. Pero lo más importante creo que es esto: es una gran cosa que hayamos empezado a contarnos esto a nosotros mismos. La historia de la que nadie quiere hablar en Estados Unidos. La del lugar que tantos quieren olvidar, pero que, muy a nuestro pesar, nos perseguirá durante décadas, acaso siglos. El lugar que nadie quiere nombrar, que, para nuestra vergüenza, se oculta en lo más negro de nuestros corazones.

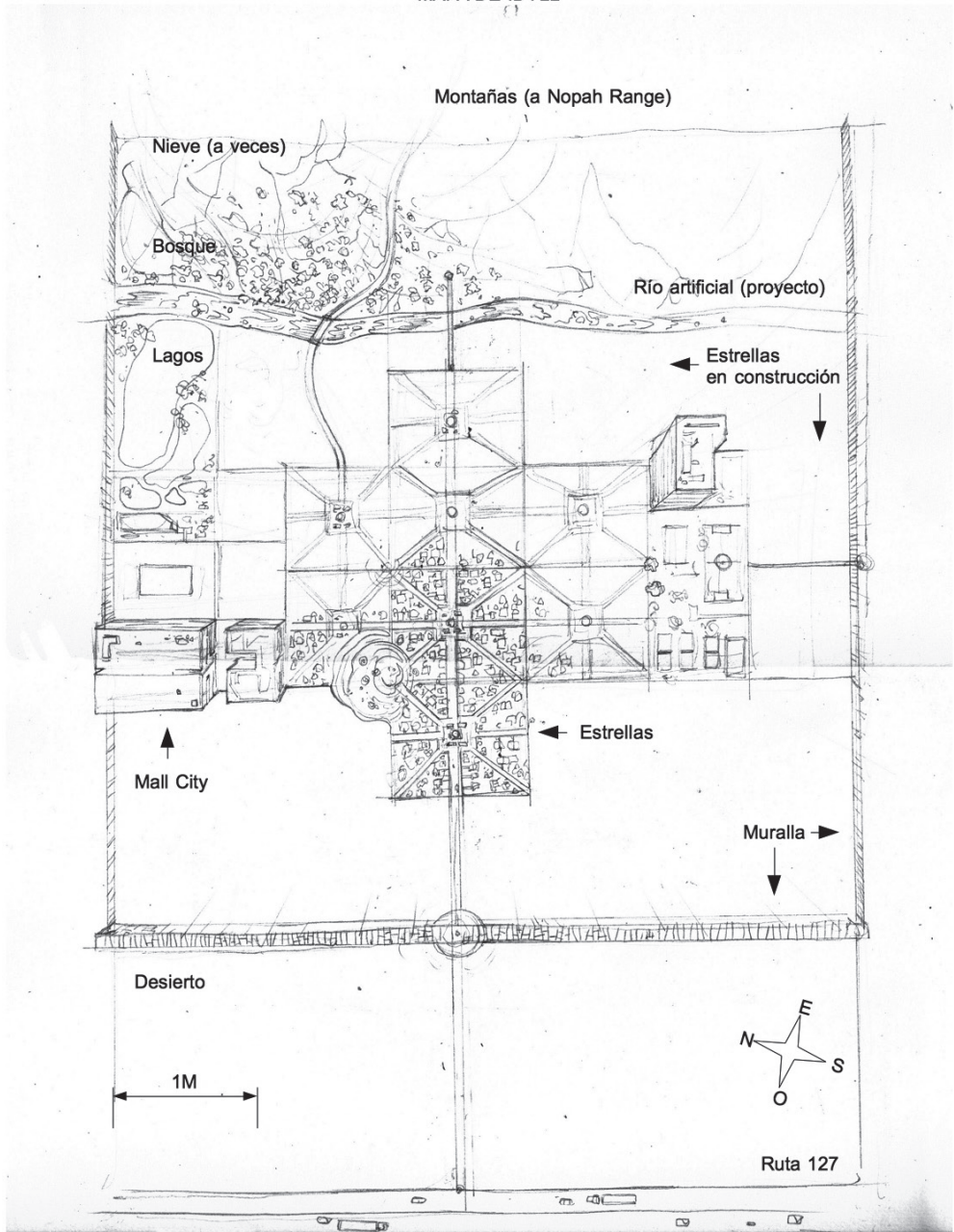
Yo dirigí, muy a mi pesar, la comisión más conocida del caso, varias leyes al respecto llevan mi nombre —no por mi voluntad, la prensa es la responsable— y tuve que asistir a cosas, ver testimonios, contemplar imágenes que no me habría gustado ver jamás, que me han dejado marcado de por vida y que vuelven en mis pesadillas. Esta novela tiene la capacidad de recordármelas de una forma inesperadamente vívida, lo que no sé si es precisamente bueno para mí, pero sí expresa la calidad de esta obra. En cualquier caso, es necesario que estos libros existan, y que nadie olvide, jamás.

1 Director de la comisión que lleva su nombre y que se ocupó del caso.

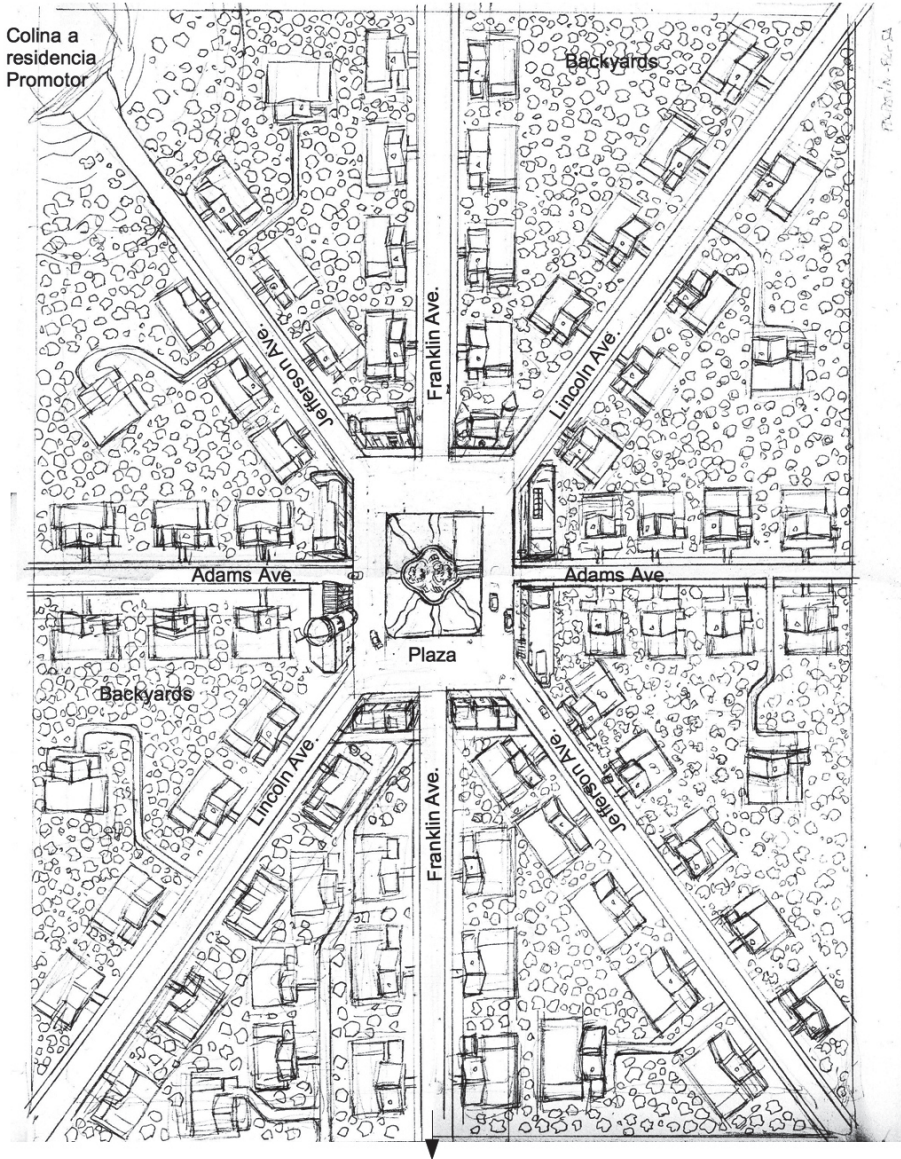
MAPAS

Nota legal: estos mapas se basan en datos indirectos de personas vinculadas indirectamente y visitantes ocasionales. No pueden basarse en los planos reales, por estar protegidos durante 50 años bajo el Ratner Act. Las escalas no son exactas, sino aproximaciones, como también lo son las posiciones relativas de ciertos espacios, que pueden no corresponderse con los reales por razones de seguridad y de confidencialidad. Se utilizan por tanto a efectos meramente orientativos.

MAPA DE IDYLL

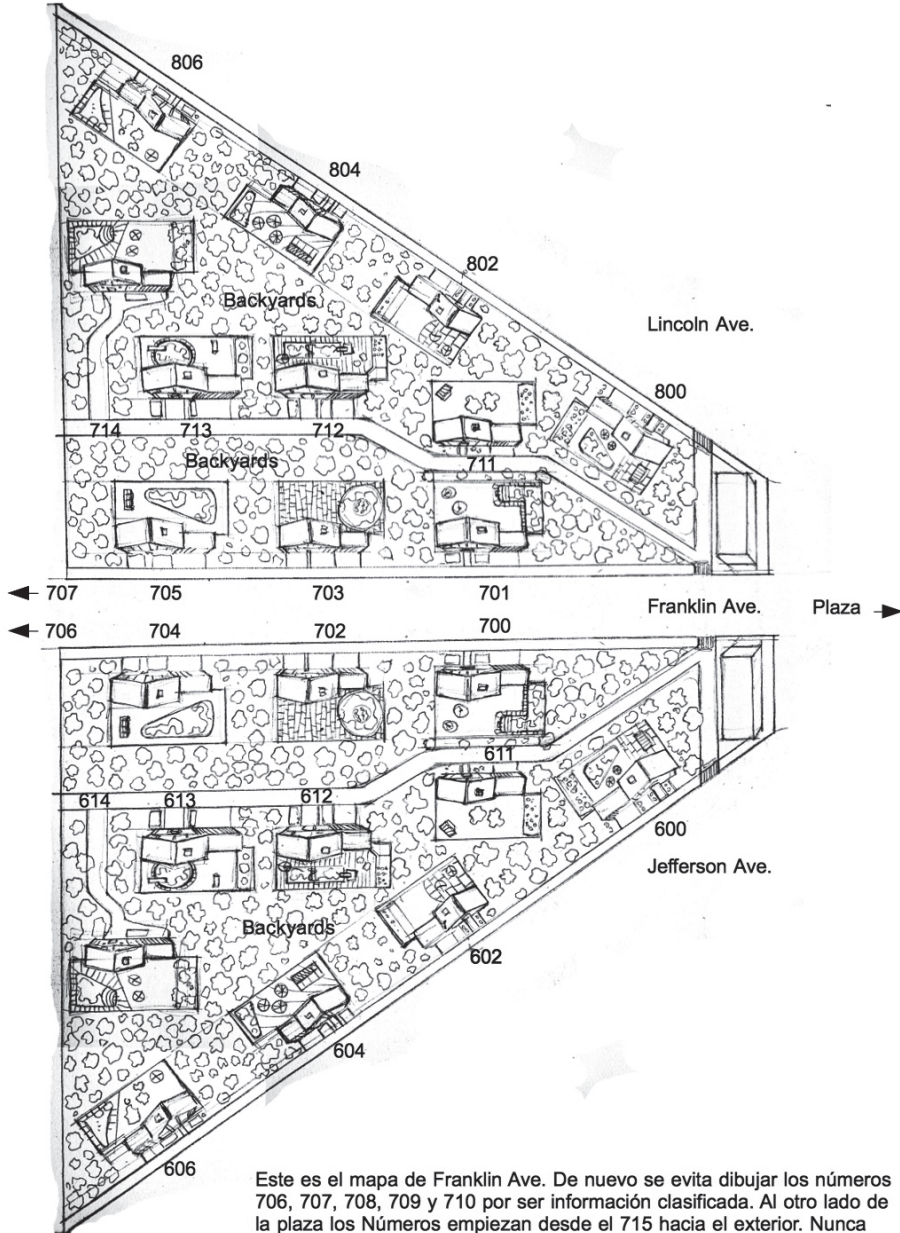


MAPA DE LA ESTRELLA



Este es el mapa de la Estrella. En la parte superior izquierda se puede adivinar la colina de la residencia del Promotor, que por ser material clasificado no se puede incluir en la ilustración. La Estrella no está entera, falta parte de Franklin Ave.

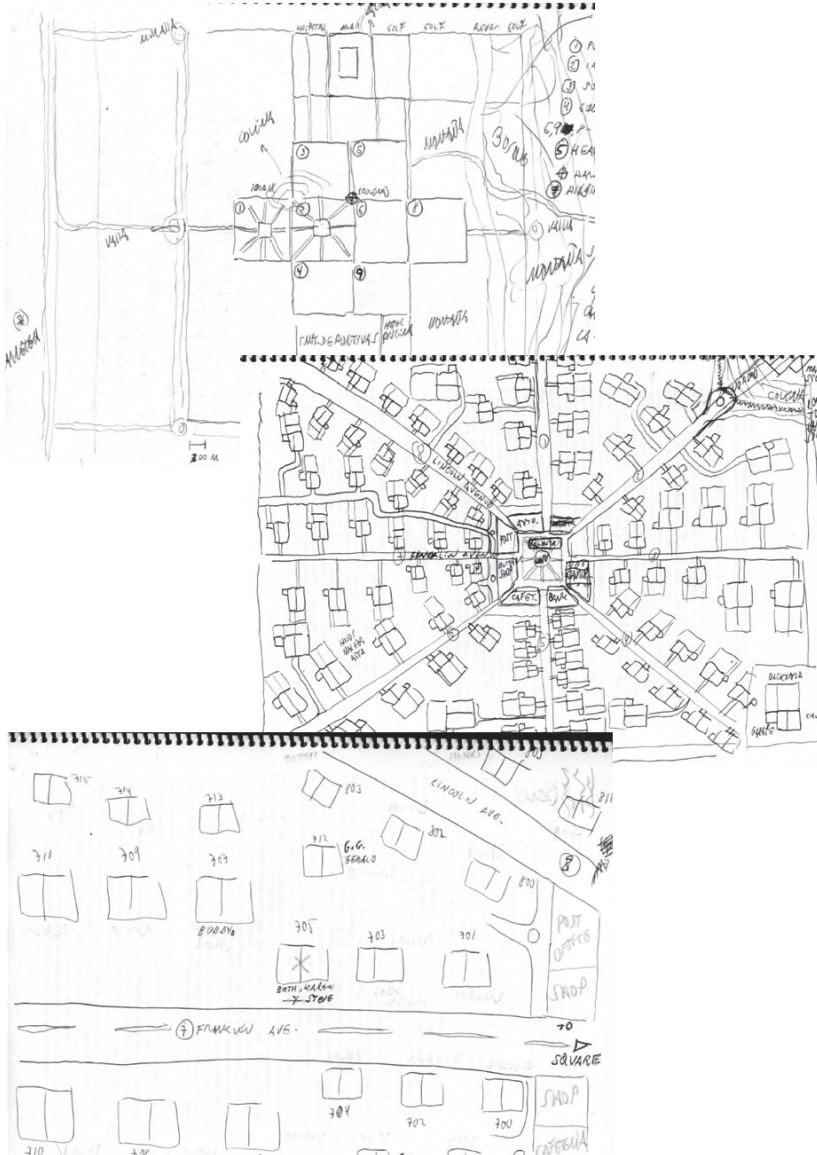
MAPA DE FRANKLIN AVENUE



Este es el mapa de Franklin Ave. De nuevo se evita dibujar los números 706, 707, 708, 709 y 710 por ser información clasificada. Al otro lado de la plaza los Números empiezan desde el 715 hacia el exterior. Nunca se ha explicado debidamente el motivo de esta extraña numeración.

DOCUMENTOS ORIGINALES

Por imperativo legal se adjuntan aquí los dibujos originales suministrados por un visitante anónimo en los que se basan los mapas anteriores. También se basan en varias entrevistas orales a otros visitantes que obviamente prefieren acogerse al anonimato.



PARTE I

EN EL PARAÍSO

1

El desierto

Cuando patrullas por el desierto entiendes muchas cosas. Y descubres otras muchas también.

Él estuvo una vez en el Burning Man, esa fiesta de colgados y gente rara en mitad de la nada reseca, y casi muere allí; se volvió loco, tal vez porque le metieron un ácido en la cerveza, tal vez porque el desierto te hace esas cosas. Desde entonces el desierto para él era una fuente de verdad cruda e inexplicable (el *tripi*, seguro) y un lugar que le daba un mal rollo tremendo (el *tripi* también, probablemente).

Era agente federal, y llevaba unos meses tras la pista de un trío de asesinos en serie, los Nómadas, según eran conocidos por los investigadores. Las cámaras de un restaurante a la salida de la carretera a Kingston habían mostrado al sistema experto de reconocimiento facial de la NSA una coincidencia del 98% y se había activado la alerta temprana al FBI. Así que allí estaba, intentando averiguar qué podía haber pasado, qué podían hacer unos supuestos asesinos en serie que nunca paraban en ningún sitio más de un par de semanas — eso era lo que los hacía tan difíciles de pillar — por aquellos lares remotos que no llevaban a ninguna parte.

Bueno, tal vez no sería una mala idea irse a vivir por aquellos sitios perdidos. La gente que tenía algo que ocultar solía gustar del desierto. Es ideal para arrojar cadáveres comprometedores si eres un sicario, para cocinar *meta* si eres un químico con amor al riesgo, para hacer una transacción de material *delicado* si no quieres testigos incómodos... Muchos huesos se blanqueaban en las arenas del desierto, resultado de crímenes que ni se sabía que habían ocurrido. ¿El crimen perfecto? Hazlo en el desierto.

Así que tras entrevistar a un par de parques testigos resecaados por el aire hirviente siguió por Kingston Peak y tomó una desviación que se encontró de bruces ante el coche y que no aparecía en su mapa. En realidad no sabía qué hacer y debía haber iniciado su regreso unas horas antes, pero, en fin, tenía una corazonada, o era el viejo *tripi* del Burning Man que de vez en cuando reaparecía para atormentarle.

El caso es que nunca debió haber seguido hacia el desierto. Aquel sería su último día de vida.

Se adentró por la carretera y siguiendo su intuición giró por otra vía, esta no asfaltada, apenas visible, entre dos altas cadenas montañosas, en un terreno tan vasto que las montañas apenas parecían moverse a lo lejos por mucho que avanzara... Y entonces, medio perdido, sin saber a dónde demonios ir, se le hizo de noche.

Cuando el frío del desierto aprieta, ya puedes ir preparándote. Y aquella noche iba a ser dura. Así que se sintió un poco aliviado cuando encontró una especie de casa de cemento en mitad de la nada, casi invisible en el centro de ninguna parte, en el epicentro de la vastedad sin fin... en...

— Maldito *tripi* — se dijo. El hecho es que es peligroso que te den un *tripi* sin saberlo, te puede pasar lo que a él, un día de locura y 12 años de psiquiatras, brotes psicóticos (controlados), alucinaciones (controladas) y su excelente subproducto: un sexto sentido que nunca le había fallado desde que se metió en la Academia de Quantico. Así que ya lo sabes, lector. Cuidadito con las drogas psicoactivas.

Y su sentido arácnido, como él lo llamaba, se encendió al acercarse a la entrada de aquella casita de cemento en mitad de... pues de la arena, carajo.

Entró por la puerta metálica entreabierta y se encontró una trampilla, la cual abrió. Ante él se abría una escalera vertiginosamente empinada. Usando la linterna que siempre le acompañaba, descendió por aquella cuesta de diminutos peldaños — parecía que los hubieran hecho para enanos — durante un tiempo que se le antojó interminable. Llegó a un largo pasillo, y se sorprendió de encontrar un interruptor industrial en la pared, junto a él. Lo apretó y unas luces leves de neón amarillento se activaron, parpadeantes y temblorosas, iluminando aquel larguísimo trecho apenas tan ancho como una persona, al que llegaba la arenilla del desierto. Caminó por él hasta encontrarse con una puerta cerrada con un candado. Una poderosa puerta metálica irrompible. Pensó en volver al coche a coger la cizalla que guardaba en el portabultos, pero ante la perspectiva del pateo de volver a subir para volver a bajar, se puso a pensar en alternativas. ¿Qué hace la gente cuando tiene candados en lugares remotos? Poner una copia de la llave que los abre en el felpudo no sea que un día te olvides la llave (no había felpudo), o bien en el suelo escondida (demasiado poco espacio, se vería enseguida) o sobre el umbral de la puerta (¡Bingo!).

La llavecilla entró feliz en el candado, que se abrió y le permitió penetrar en la vasta sala, que se iluminó gracias a otro interruptor colocado estratégicamente a mano.

El lugar era enorme, en su centro había lo que parecía una piscina de unos 12 metros de largo por 12 de ancho, y el resto del espacio estaba repleto de instrumental médico en desuso: camillas con ruedas, vitrinas, instrumental quirúrgico, bolsas para...

Un momento.

Sí, eran bolsas para cadáveres.

Se acercó a la piscina y vio que estaba cubierta con un plástico translúcido. En un lado, otro interruptor colocado sobre un tubo metálico activó unas luces dentro del agua, que mostraron algo que flotaba debajo del plástico. El olor a formaldehído era muy intenso. No se podía creer

que aquella piscina estuviera llena de formol, siquiera rebajado, pero así parecía ser.

Lo que flotaba... Lo que flotaba...

Parpadeó para intentar despertarse.

No, no se despertaba. Era real. ¿Era aquello lo que parecía? No, no eran miembros de maniqués ni trozos de muñecas.

Una bofetada de formol le azotó cuando levantó parte de la cubierta para ver mejor. Y un par de manos cortadas le saludaron animosas, flotando en la pestilente sustancia translúcida que le recordaba a la muerte, a las morgues, a los científicos locos y a las prácticas de medicina en anatomía patológica. Menos mal que lo dejó en segundo año. Le mareaban los muertos. Le ponían enfermo.

Y así fue como comprendió que aquella piscina de 12 por 12 estaba a rebosar de gente hecha pedazos. Miembros humanos, troncos, vísceras, cabezas inexpresivas como las figuras de cera del museo de Madame Tussauds en Hollywood. Se quedó de rodillas pensando que era la alucinación vivida más intensa de su vida, esperando desesperadamente que lo fuera.

Así, en ese estado de postración y negación, no oyó los pasos que sonaron a su espalda, ni apenas detectó las sombras que se cernían sobre él. Cuando el machete cortó su cabeza de un certero golpe solo vio el mundo girar 360, luego 452, luego 690, luego 645 grados hasta que todo se paró, como cuando jugaba al *Medal of honor* en la oficina a escondidas de los jefes y una granada despedazaba a su personaje. «¡Es igual que en el juego!» fue su último pensamiento antes de que su mente fundiera en negro para siempre jamás.

Su cuerpo fue despedazado eficientemente en tiempo récord, su sangre fue introducida en una gran botella de plástico, y sus miembros pasaron a flotar en aquella piscina de 12 por 12.

Si hubiera podido oír, habría podido deleitarse con una versión silbada de *Over de rainbow* que uno de sus verdugos y carniceros no paraba de interpretar hasta que su compañero, que respiraba con un pitido asmático, hartó, le dijo:

— Como vuelvas a silbar esa mierda te corto los cojones y te los hago comer.

2

En el camino

La ranchera salió de Los Ángeles a las ocho de la mañana. Los muebles y demás enseres estaban cargados en dos camiones de mudanzas, que iban un tanto rezagados. Era un servicio gratuito.

Steve llevaba el volante. Karen iba a su lado y Beth, en el asiento trasero. Eran una familia. Les había costado, pero lo eran. Los malos tiempos se

quedaban atrás, en aquella ciudad enorme, que nunca parecía terminarse, y ante ellos se abría todo un futuro. Algo que unos meses atrás podría haberles parecido una utopía, un imposible. Beth era una belleza impresionante aunque apenas tuviera 16, y Karen también era preciosa; de alguien había sacado Beth aquella belleza. Su padre también era un tipo razonablemente atractivo. Si les vieras paseando por una calle dirías estar en un *spot* publicitario de alguna marca de ropa, tan ideal era la pequeña familia.

Estaban contentos. Bueno, Beth no estaba tan entusiasmada, pero era lo esperable.

El lugar estaba cerca de Kingston Peak, y de hecho se llegaba a él partiendo de una carretera secundaria, llamada Kingston Road, también conocida como la Ruta 127, que partía de la Interestatal 15. Encajado en una planicie que formaba un enorme valle relleno por basaltos, el espacio estaba rematado por dos cadenas montañosas que se aproximaban mutuamente: Nopah Range y la cadena de Charleston Peak. Al otro lado del monte Charleston se abría otra planicie que llevaba a Las Vegas. En medio de aquel desierto virgen se elevaba un oasis imposible, la ciudad de Idyll, que crecía hacia el Norte, con la frontera del parque natural de Ash Meadows. La ciudad se situaba en el trazado de la frontera imaginaria entre California y Nevada, y aquella peculiar situación había obligado a un complicado juego de negociaciones años atrás. El problema se había resuelto, como siempre, con dinero (incluyendo a la policía tribal, a la que hubo que pagar una buena cantidad para que consideraran el lugar como una 'isla' en términos de jurisdicción), pero ya en los años sesenta, cuando se hizo un primer intento de establecer allí una especie de ciudad satélite de Las Vegas se había logrado un acuerdo inicial, con lo que parte del camino había sido recorrida ya.

Llegar a Idyll requería un trecho de conducción, de modo que su emplazamiento entre el desierto y las montañas, en áreas cercanas a espacios naturales protegidos, contribuía a un cierto aislamiento, algo que sus vecinos buscaban, claro está.

Rebasada la carretera, siguieron camino hacia una planicie, donde se iniciaba la enorme estructura de aquel paraíso en mitad del desierto. Pasaron por un control de seguridad totalmente automatizado. Una vez cruzabas el control que atravesaba la muralla exterior, entrabas en otro mundo. Nadie diría que aquel vergel estaba en mitad de la nada más árida.

Entraron en el barrio en el que iban a vivir a partir de ahora. Era su estrella. Las calles eran realmente anchas, de cuatro carriles, y las viviendas eran preciosas, clásicas pero bonitas y funcionales. Un *all american* realmente bien hecho.

— A mamá le habría encantado — dijo Karen, mirando las espaciosas casas y los enormes jardines ante los que pasaban.

La madre de Karen había fallecido apenas tres semanas antes. No por esperado, el acontecimiento fue menos doloroso. Karen ya había perdido a su padre a los 12 años y estaba muy unida a la abuela de Beth. Karen, católica no practicante, se reconcomía por dentro por no haber cumplido la última voluntad de su madre: había pedido misas en su nombre y ser enterrada en un cementerio católico. Pues bien, la habían incinerado, arrojaron sus cenizas al pacífico en Santa Mónica y de misas, nada. El remordimiento católico atenazaba a Karen.

3

El país de los cuentos

El lugar era como si alguien hubiera decidido crear una ciudad para adultos con algo de Willy Wonka y un poquito de Hansel y Gretel, pero digamos que con realismo urbanístico. Había algo en el lugar que le daba un tono de pueblo de cuento de hadas parado en el tiempo, de Hobbiton idílico pero sin hobbits. Los jardines, tachonados de enormes árboles decorativos, los estudiados setos, las grandes extensiones cuidadosamente boscosas en las partes traseras de las viviendas, extendían un tono ideal y puro, de utopía lograda. Las casas tenían diseño realista, pero con cierto sabor postvictoriano unas, otras tal vez racionalista, algunas más parecidas a casas de pastel que otra cosa, tanto que tendrías la tentación de darles un mordisco para comprobar si estaban hechas de pastel y caramelo...

El tono no era excesivo, no me malinterpretéis. Era justo para dar ese sabor a un adulto, un agrado general, una sensación de «me gusta este sitio, quiero vivir aquí». Entre flores que parecían insultarte desde su lozanía y un césped tan verde que parecía mentira que no fuera de plástico, el aroma de la tierra húmeda gracias a los sistemas de aspersión y goteo hábilmente ocultos que mantenían toda aquella vida en plena lozanía, Idyll hacía honor a su nombre. Era un precioso e imposible arco iris de intensos tonos, un enorme parque habitado, un bosque de cuento regalado a los que podían permitírselo. Era, sí, el lugar en el que querías estar. Y algo en el aire te hacía casi masticar el agradable aroma que parecía emanar por todas partes. Bienestar masticable. Paz con sabor. Sí, habían hecho aquel lugar con plena conciencia de que había de ser un lugar especial, que te hacía especial por tener el privilegio de ser parte de él.

Casi diría Beth que desde que habían entrado en Idyll sus padres estaban más relajados y, como cuando iban de visita a DisneyWorld, se dedicaban a mirar alrededor con la boca abierta, como los críos felices que

alguna vez habían sido. Solo por aquello merecía la pena, se dijo Beth, mecida y arrullada por el lugar. Y por una vez la adolescente incrédula que la habitaba se calló la boca y se dejó llevar.

4

705, Franklin Avenue

La casa era enorme. Era el número 705 de la calle 7, Franklin Avenue. Tenía un jardín que de por sí era más grande que la casa, un precioso porche, dos plantas más desván y un sótano enorme, y un extenso *jardín trasero* que se fundía en un bosque que separaba las casas unas de otras.

Entraron en el lugar, que había sido parcialmente amueblado. Tras un pequeño recibidor se encontraron en el salón. Karen dio un suspiro, mirando a todos lados.

— Los muebles son preciosos, Steve. No me lo puedo creer, han elegido exactamente lo que les pedí. Pensaba que lo que tenían en la web eran solo aproximaciones.

— Cortesía de los promotores. Nos quieren tener contentos, por lo que se ve.

Beth entró en la casa tras sus padres. A sus 16 años no se esperaba de ella que saltara de alegría, así que su reacción neutra no sorprendió a nadie. Se detuvo unos instantes a mirar el enorme televisor de LED que había en el gran salón y la consola que reposaba conectada a él.

Subió por la escalera del salón en dirección al primer piso, donde había elegido que estuviera su cuarto en una simulación que sus padres le habían presentado en Internet. Entró en él y lo miró con interés. Era el cuarto más grande que había tenido. Sus padres llegaron al poco.

— ¿Qué tal? — preguntó Steve.

— No está mal.

— Me alegro de que te guste.

— ¿Y las cosas?

— Los camiones de mudanzas están al caer. — Steve señaló a la consola, bien visible abajo, en el salón —. Tienen todos los últimos videojuegos. Todo *online*. No hay que comprar nada.

— Bueno, alguien lo pagará. Nada es gratis.

Beth miró a su padre y volvió al que sería su cuarto a partir de ahora.

— Habrá que preparar algo para comer — dijo Karen, lanzando un suspiro sin parar de recorrer el salón, entrando y saliendo en las habitaciones —. Caray, el dormitorio es enorme...

— No, cariño. La primera semana nos traen *catering*. Puedes elegir en

la carta que hay en la cocina, es para que nos vayamos adaptando. El teléfono está anotado para hacer el pedido.

—Yo querré una *pizza* con *pepperoni* —dijo Beth en un suspiro desde su cuarto.

—Vale —dijo Karen, bajando por las escaleras y canturreando.

Steve miró a su hija.

—¿Una *pizza*?

—Tengo un hambre que no puedo con ella.

—Bueno...

Karen salió de la cocina con la carta en la mano, entusiasmada.

—¡Tienen *magret* de pato! ¡Japonés, chino, italiano, tailandés, español, ecuatoriano, indio...! Madre mía, qué variedad. Y la cocina... la cocina es una pasada, cariño.

—Son los restaurantes del centro comercial, tienen un convenio con ellos. Hay un japonés que tiene mucha fama.

—¿Pedimos japonés?

—Vale. Pide un menú degustación.

—Bien, y cerveza japonesa.

—Perfecto. ¿Qué quieres para beber con tu *pizza*, Beth?

—Coca-Cola Zero.

—Bien.

Karen entró de nuevo en la cocina, y oyeron cómo descolgaba en auricular del teléfono y hacía el pedido.

Llamaron a la puerta. Steve fue a abrir. Eduardo, el corpulento jefe de mudanza, le esperaba al otro lado, sonriente.

—Pues aquí le traemos sus cosas, jefe —dijo, con un intenso acento español.

—¡Karen, pide que dupliquen el menú! ¿Les gusta la cocina japonesa? Les invitamos a comer.

—Caray gracias, bueno, no somos mucho de cosas crudas pero...

—Tienen cosas cocinadas también. Tempura... carne...

—Se agradece entonces.

—¿Y de beber? —preguntó Karen asomándose por la cocina, con el auricular inalámbrico pegado a la oreja.

—Unas cervecitas sí puede ser.

—¡Cerveza japonesa! —terció Steve—. ¡Sapporo! Es muy suave —le dijo a Eduardo.

Karen sonrió. Los objetos más pequeños empezaban a entrar ya en la casa, en cajas de cartón. Beth se asomó a la barandilla de la escalera.

—Las cajas en las que pone "Beth" van aquí arriba —anunció a los trabajadores.

5 G. G.

La llamada a la puerta sonó a eso de las 7 de la tarde. Estaba cada uno en un lado diferente de la casa, abriendo cajas y sacando objetos, de modo que tardaron un poco en abrir. Fue Beth la que antes llegó a la puerta y se encontró al otro lado el risueño rostro de Gerald Goldblatt, G. G. para los amigos (y para Beth), el maduro pero aún atractivo mejor amigo de Steve.

—Hola, preciosa.

—Hola, G. G. —Beth no estaba demasiado feliz con la visita, y se quedó parada unos incómodos instantes.

—¿Me invitas a pasar?

—Sí, claro.

Gerald entró en la casa.

—¿Qué tal la mudanza?

—Rápida. Ahora estamos colocando cosas.

—¿Y tus padres?

—¡Papá, mamá! ¡G. G. está aquí! —gritó Beth a modo de respuesta.

Tras unos segundos el matrimonio apareció en el salón. Steve venía del sótano, del que se había adueñado enseguida. Karen, de la planta superior. Los dos saludaron efusivamente a su amigo. Steve le dio un fuerte abrazo.

—Solo quería ver si estabais bien. Os han preparado una fiesta de bienvenida mañana más o menos a esta hora. ¿Te ha enseñado este hombre el lugar, Karen? —preguntó a la mujer, señalando a Steve.

—Apenas hemos tenido tiempo —dijo ella.

—Mañana pensaba dar una vuelta por la zona, aprovechando que empieza el fin de semana —terció Steve.

—Buena idea.

—¿Dónde vives, G. G.? —preguntó Beth.

—Estoy ahí al lado. Mi casa da a la otra calle, de modo que si cruzas el *jardín trasero* me encuentras. Me tenéis al lado, para lo que haga falta. ¿Vale? Bueno, no os quiero molestar. Ya charlamos mañana con calma. ¿Vale? Bienvenidos.

—Quédate a tomar algo, G. G. —dijo Karen.

—No puedo. Tengo un paciente en 10 minutos. Era solo para decir hola y hasta mañana.

Steve y Karen acompañaron a Gerald a la puerta. Hablaron en el umbral unos instantes. Beth seguía a lo suyo.

—Gracias por todo esto, G. G. Te debemos la vida —le dijo Karen en tono cómplice.

— Bueno, ¿para qué están los amigos? Oye, tenemos que seguir las sesiones en cuanto estéis asentados. ¿Vale?

— No te preocupes. Nos vemos mañana en la fiesta y ya cerramos — dijo Steve.

— Os recogeré. No te preocupes.

Steve cerró la puerta cuando Gerald se hubo marchado, y se quedó mirando el salón de la casa, satisfecho. Todavía estaba lleno de cajas, pero pronto estaría estupendo.

Beth miró a su padre. Gerald era el mejor amigo de Steve. Habían estudiado juntos en el instituto y luego sus vidas se habían separado por unos años, cuando Steve se lanzó a estudiar informática en UCLA y Gerald, psicología y psiquiatría en Harvard. Pero con los años volvieron a encontrarse, y Steve y Karen (y Beth) se acabaron convirtiendo en clientes de Gerald. Él les había ayudado mucho cuando surgieron los problemas realmente graves. Beth solo conocía como “problema realmente grave” sus coqueteos con la *meta* y el tráfico de drogas en el instituto, pero había algo más grave aún oculto en el pasado del matrimonio que mantenían a buen recaudo de su hija. Habían hablado muchas veces de contárselo, pero siempre habían evitado el difícil momento. El caso es que Beth, ya con 16 años no sabía algo de gran importancia en la vida de la familia de la que formaba parte. Gerald por su parte también había sido ayudado por el matrimonio, especialmente cuando enviudó de Selma, su esposa, embarazada de 7 meses, en un terrible accidente de tráfico. Gerald cayó en una fuerte depresión y las atenciones, los cuidados y la amistad del sólido matrimonio formado por Steve y Karen le mantuvieron a flote y le rescataron de un intento de suicidio. Gerald desde entonces parecía vivir en deuda con el matrimonio, y su último regalo había sido invitarles a vivir en aquel lugar. A Idyll solo se podía acceder por invitación de un habitante con más de un año de antigüedad, por lo que solo gente muy selecta podía tener el privilegio de tener su hogar allí. Y Gerald creyó oportuno ofrecerles el mejor cambio de aires posible a sus amigos, en un momento especialmente difícil, en el que Beth parecía ir por un camino realmente peligroso.

6

Mall City

El sábado pasó a toda velocidad. Había muchas cajas por abrir, y mucho que hacer, de modo que enseguida llegó la hora de la recepción a los recién llegados. Gerald pasó a las seis y media para acompañarlos. El evento sería en el centro comercial. Era un área enorme situada al norte, por encima de las estrellas en las que se concentraban las viviendas, y a la que

se llegaba caminando en media hora más o menos. Estaban decididos a aplicar la filosofía de su nueva residencia desde el primer momento y habían acordado que irían a todos lados a pie, siempre que fuera posible. El paseo fue estupendo, y de paso Gerald les describió el lugar.

Justo a la derecha, una colina mostraba en la lejanía una construcción apenas visible entre un pequeño bosque. Gerald les explicó que allí vivía Winter Walsh, el promotor de la ciudad, que había decidido compartir con sus vecinos los beneficios de aquel proyecto urbano tan ambicioso. La casa estaba rodeada de una especie de muralla, parecida a la que rodeaba a la ciudad, y que, según la publicidad, estaba diseñada para evitar que el desierto la invadiese.

Llegaron desde la calle en la que estaban, caminando en línea recta, al centro de la estrella, donde había una gran plaza. Justo en la esquina había una carnicería, Ferrys Butcher's Shop, y junto a ella estaba la oficina de correos. Al frente, una cafetería que anunciaba unos succulentos batidos, y al lado era visible la familiar diligencia del logo de un Wells Fargo. El centro de la plaza lo marcaba un gran parque, en uno de cuyos costados se erigía un moderno edificio de diseño vanguardista: la iglesia ecuménica. Caminando en línea recta y atravesando el parque, que era inesperadamente grande, con pequeñas praderas y zonas en las que sentarse tranquilamente o hacer *jogging*, se llegaba a la calle 3, Truman Avenue, que seguía hasta la siguiente estrella, que tenía el mismo esquema. Al final de ella estaba la colina que llevaba al centro comercial.

El centro comercial se dividía en dos partes. Había zonas al aire libre, que recordaban a The Grove y al Farmer's Market en Los Ángeles (por lo que Beth se sentía como en casa; era el lugar al que solía ir para hacer las compras con su familia, ir al cine o tomar algo), si bien el espacio era un poco diferente. El Mercado de los Granjeros de Idyll era un lugar que se había diseñado para que conservara el sabor de los viejos mercados de pueblo, con puestos especializados en frutas, carnes, pescados, verduras, y pequeños locales en los que se podía comer algo ligero. Había hasta un diminuto bar de *sushi* en el que podías disfrutar de comida japonesa que llegaba directamente de la pescadería adyacente. El lugar era un éxito, pues permitía mezclar el placer de dar un paseo con el de la compra de alimentos de consumo diario, el tomar una copa de vino o unas crepes recién preparadas, desayunar y hacer las compras del mes, que unos atentos trabajadores se encargaban luego de hacerte llegar a casa.

Del Mercado de los Granjeros podías pasar a Mall City, una extensión bastante grande al aire libre, que estaba a mitad de camino entre The Grove y la pequeña calle de entrada de los Universal Studios. A ambos lados de las nueve calles que formaban el espacio y configuraban una versión pequeña de una estrella con una enorme plaza central podías comprar

libros, ir al cine, adquirir música o películas, comprar un Mac, todo tipo de ropa y calzado, prendas deportivas, aparatos electrónicos variados... Y todo tipo de joyas y prendas exclusivas. En fin, era un centro comercial para ricos, con algunas de esas franquicias que solo encuentras en Rodeo Drive. Un enorme hotel Hilton de cinco estrellas —decían que era de seis por algunas suites de super lujo que se habían diseñado con un par de jeques árabes en mente— remataba el paseo, y un tranvía eléctrico que extendía su recorrido por un par de estrellas daba más sabor al lugar. En caso de que hiciera mal tiempo, podía correrse una enorme lona sobre todo el espacio que lo convertía técnicamente en un lugar cerrado.

Las familias de Idyll gustaban de pasear por allí, o acudir a los variados restaurantes que ofrecían prácticamente todos los sabores imaginables. Había mexicanos, griegos, japoneses, tailandeses, chinos, españoles, italianos, turcos, iraníes, etíopes, albaneses, criollos, mexicanos... Y se esperaban pronto más y más. Y, claro, las grandes franquicias de comida rápida estaban allí, desde Wendy's a Starbucks, de Taco Bell a McDonald's o Burger King... Había varios de cada uno salpimentando el lugar, y todos prometían platos especiales Idyll. Peluquerías, centros de belleza, una clínica estética y varios *spas* complementaban la oferta, junto a gimnasios y centros de relax integrales (algo que Beth no tenía muy claro lo que significaba). La idea era que pudieras pasar todo tu tiempo de ocio en el lugar. Y el sistema era estupendo, pues tras el enorme centro comercial se abría el acceso a unas zonas deportivas realmente alucinantes en las que podías ponerte en forma o quemar la tensión acumulada en el trabajo. El centro comercial era la muestra de lo sería que era la oferta de Idyll, un concepto de pueblo con la plaza mayor en cada estrella, y una gran plaza para encuentros más relajados y festivos en la zona comercial.

El parque central era precioso, estaba muy cuidado y mostraba a familias enteras haciendo *picnic*, charlando con otras, y demostraba la utilidad de las ágoras que la empresa prometía como centros de encuentro y conversación. El tono era muy neoyorkino, más que angelino. En Los Ángeles la gente no pasea y no suelen hablar entre desconocidos. Eso en Nueva York pasa mucho más, primero porque Los Ángeles es una ciudad plana, de viviendas unifamiliares y está diseñada para los coches, y así había sido siempre. La frase "nobody walks in LA" era una verdad absoluta. En Nueva York, una ciudad vertical, la gente caminaba, y mucho, y se encontraban, y hablaban; hacer vida social en Nueva York es casi obligatorio. Y lugares como Central Park aportaban un pulmón urbano y una zona para el diálogo entre las gentes.

En cierta medida el viejo concepto del pueblo con plaza central funcionaba en la vasta isla de Manhattan, demostrando que el modelo era factible. Y así había sido diseñado en Idyll, con las plazas concebidas

como zonas de encuentro, de relax, y con todo el espacio creado para pasear. Podías ir caminando de casa al instituto, a la plaza, o a Mall City. Las distancias eran más humanas, el entorno era mucho más agradable que en las conurbaciones deshumanizadas que rodeaban el lugar, desde Los Ángeles a Las Vegas. Se podía decir que el sueño de los promotores de aquel lugar se estaba cumpliendo. Y todos podían disfrutar de ello.

El enorme parque de Idyll se veía rematado por un lago artificial de tamaño igual de sorprendente en el que podían navegar pequeñas embarcaciones, y de hecho mucha gente gustaba de pasear por él usando los pequeños botes de remo, a pedales o a vela que se alquilaban en una de sus orillas. Era uno de los lagos artificiales urbanos más grandes de todo el estado, una auténtica gozada.

«El instituto», recordó Beth. El lunes tendría que enfrentarse al problema. «Bueno, ya lo pensaré», se dijo a sí misma. El caso es que habría de enfrentarse a un nuevo curso, a un nuevo lugar, a nuevos compañeros... Emocionante, pero también un poco preocupante.

Llegaron finalmente al área recreativa, junto a los enormes cines del centro comercial, donde se celebraba el recibimiento a los recién llegados.

7

Celebraciones

La barbacoa de bienvenida que se organizaba para agasajar a los nuevos habitantes de Idyll era asombrosa. Había cientos de personas, vecinos, amigos, gente de la misma estrella en la que vivían los recién llegados o de estrellas adyacentes, convidados de honor aparte de los recién llegados — generalmente algún actor de segunda fila que daba un toque hollywoodiense al evento —, se repartían regalos, los niños podían romper una piñata, y los adultos comían y bebían hasta hartarse. Se organizaban los sábados, para que los invitados no tuvieran que madrugar al día siguiente, y estaba claro que los domingos de resaca en Idyll eran moneda común. En aquella ocasión compartieron bienvenida con dos familias más que habían llegado a la estrella vecina, unos de Texas y otros de Pasadena. Una gente estupenda. Los tejanos eran bastante ruidosos y cachondos, y los de Pasadena, gente que había trabajado en proyectos de sondas espaciales, mucho más discretos y callados. El caso es que se lo pasaron realmente bien.

Se leyó un mensaje de bienvenida que sorprendía por lo bien documentado que estaba sobre las vidas de los recién llegados, con chistes que solo podrían saber amigos y allegados, y todo transcurrió agradablemente. Desde luego, era para sentirse bien acogido. Todo eran sonrisas, y todo era agradable. Beth, como buena adolescente resabiada, mira-

ba todo aquello por encima del hombro, y aquella hospitalidad, que ella consideraba hipócrita, le resultaba un típico ejercicio de cinismo entre unos vecinos que luego ni se saludarían al encontrarse en plena calle.

Unos vecinos, que resultó que vivían en la casa de al lado llegaron tarde, acompañados de Bobby, su único hijo, un chaval de la edad de Beth con aspecto de empollón, aunque era alto y bastante fuerte. Unas gafas de pasta eran el ingrediente, junto a un pelo bastante desaliñado, que le daban un toque cruzado entre Clark Kent y un jovencito Einstein. Pero Beth pensó que aquel chico, con un poco de arreglo exterior, un peinado nuevo y unas gafas más adecuadas —amén de unas ropas un poco más entalladas— estaría como un queso. Se sorprendió a sí misma pensando aquellas cosas de un vecino al que acababa de conocer. Al mismo tiempo, era la única persona al alcance de su mano que tenía su edad, así que se pasó la mayor parte de la noche charlando con él.

Descubrieron que tenían muchos puntos en común, desde su serie favorita de televisión, a gustos en películas y música. Él, como ella, era más bien de *heavy metal*, con gustos un tanto peculiares, como los discos más clásicos de Judas Priest, cuando todavía estaban entre el *rock and roll* más duro y el sinfónico, o cosas como los olvidados Accept, un grupo alemán bastante macarrilla de los años 80 que curiosamente había sido creado y diseñado de arriba abajo por una mujer. Hablaron de *heavy* un buen rato, repasando casi toda la historia del género y quedando cada uno impresionado por los conocimientos del otro, y terminaron hablando de bandas sonoras de películas, otra gran afición común que descubrieron. Al final Beth abandonó su tono descreído respecto a la fiesta de bienvenida y, al regresar a casa, hubo de admitir que se lo había pasado bastante bien.

Bobby había quedado en acompañarla al instituto el lunes. Bobby y sus padres estaban recién llegados al lugar como ellos, con una diferencia de un par de semanas, y la ayudaría a orientarse en el instituto y en las clases. A ella le pareció una estupenda idea. Y sus padres observaron con silenciosa satisfacción —esa que no puedes compartir con tus hijos adolescentes o rompes la magia— que Beth ya empezaba a hacer amigos en el nuevo lugar.

8

El promotor

El promotor se hizo esperar, y no llegó hasta las 8 y media. Cuando llegó al lugar, se hizo un completo silencio. Sonriente, avanzó entre la gente, estrechando manos, como un líder político al principio de un mitin. Gerald presentó a sus amigos a Walsh, que se acercó a una mesa de gran tamaño y miró a los presentes, dramáticamente.

Winter Walsh, haciendo honor a su nombre, era un hombre frío. Albino, su tez era como la leche, su pelo blanco dominaba, rebelde y siempre mal peinado, unas cejas blancas y un bigote blanco que siempre llevaba muy bien cortado y que recordaba a esas fotos de «Toma leche» en las que salen las estrellas famosas con la mancha de después de dar un trago a un vaso de... pues eso, de leche. Vestía un riguroso traje a medida que le sentaba como un guante y afilaba aún más su figura que parecía una lanza. En la muñeca derecha lucía un Oyster Perpetual Cosmograph Daytona. Aquel reloj costaría alrededor de 75.000 dólares. Paul Newman lo había puesto de moda durante el siglo anterior, y era toda una expresión de poder y dinero, para quien supiera leerla. Walsh era un ávido coleccionista de relojes. Su pieza más preciada hasta el momento, un Excalibur 42 Tourbillon de Roger Dubuis, la guardaba en su casa, en un discreto probador junto con otros relojes que usaba como complementos y se ponía en función de a dónde se dirigiera y a quién fuera a ver. El Excalibur solo se lo ponía cuando iba a visitar inversores realmente ricos. Gente que sabría apreciar un toque de distinción. Para recibir nuevos vecinos el Daytona era más que suficiente.

Repentinamente, la mesa junto a la que estaba Walsh pareció cobrar vida como respuesta a un gesto suyo. Una maqueta apareció sobre ella como arte de magia. La maqueta se elevó sobre la mesa. Era un holograma que cubría casi siete metros. Era impresionante.

– Bienvenidos. Esta es Idyll, la Ciudad de las Estrellas y a partir de ahora su hogar. Hemos llamado estrella a cada unidad o barrio, aunque eso creo que ya lo saben. Como ven, la planta es cuadrada, y radial, partiendo de una plaza central. Las calles parten de ella, permitiendo unas grandes extensiones de terreno para las propiedades. Siempre soñé con jardines amplios para que los críos corran, y si uno quiere hasta se pueden instalar toboganes y cosas así. Dar horizontes a los críos, algo que se ha olvidado en las grandes conurbaciones que nuestra generación, las ha hecho cada vez menos habitables. Como verán, marcadas en azul celeste, hay en este momento habitadas cinco estrellas, que están numeradas del 1 al 5. Al fondo, hay dos estrellas más en construcción, las estrellas nuevas. Ahora no son sitios interesantes para visitar, pero confiamos en que estén terminadas en un año más o menos.

»Y al fondo, está el bosque. Es un ambicioso plan de reforestación, con especies resistentes, y hemos creado un auténtico parque. Ha sido un trabajo ímprobo, aunque ya había algo más o menos desarrollado del primer proyecto que fue abandonado hace años. Verán que tanto en las zonas residenciales como en esta, tenemos árboles, árboles de verdad, de esos en los que un chaval puede hasta construir una casita en sus ramas. Espero que disculpen mi obsesión con los críos, pero creo que el lugar en

el que creces te convierte en el adulto que vas a ser. Bueno, en la colina de la estrella 7 está mi casa. Es un diseño inspirado en Le Corbusier, un arquitecto al que siempre he admirado. Creo que supo fusionar como nadie el lado humano de la arquitectura, y al mismo tiempo la necesidad de naturaleza, de regreso a los orígenes, que es la razón básica de este lugar.

»Una de las razones de mi implicación en Idyll es que quiero vivir en la ciudad que he creado para ustedes. Porque es mi sueño, el proyecto de una vida, y quiero compartirlo con todos mis vecinos, que a la vez son mis clientes. La casa es más o menos del tamaño de las demás, tal vez un poco más grande en la planta baja. El lugar tiene al lado un mirador al que pueden subir siempre que lo deseen, que ofrece una vista preciosa de Idyll y su entorno. También hemos instalado al lado un pequeño observatorio astronómico. Las noches de esta zona son muy claras y merece la pena acercarse a observar los cielos durante un rato. Esas áreas son públicas, y yo mismo las utilizo de vez en cuando. El resto de la propiedad está aislado. No es un capricho, no crean. Cuando vivía en Hollywood sufrí en mis carnes el acoso de los *paparazzi*. Estuve, para quien no lo sepa, casado durante varios años con una actriz de Hollywood, una gran estrella. Y aquello, hablo del acoso de cierta prensa, el hecho de que tu vida esté sometida a ciertas servidumbres, condicionó nuestra relación, la educación de nuestros hijos, y otras cosas en las que no voy a entrar ahora. Baste decir que sufrimos dos casos de *fans* acosadores.

»Uno de ellos fue tiroteado a muerte por la policía. Así que comprenderán el por qué de un muro alrededor de mi casa, si bien les garantizo que viven en la población más segura de toda la Unión. Aquí no entra nadie sin nuestro consentimiento. También quiero que sepan que los que deseen tener similares medidas de seguridad en sus propias casas, las tendrán por cuenta de la ciudad sin coste alguno. Solo tienen que pedirlo. La misma ciudad está rodeada, ya lo saben, por una valla y vigilada por nuestro querido *sheriff*. La seguridad es muy importante, y quienes viven aquí han elegido la tranquilidad, el silencio y la seguridad —reafirmó ostensiblemente las dos últimas palabras—. Y damos una gran importancia a los deseos de nuestros habitantes. Tal vez en un futuro no muy lejano no necesitemos vallas ni muros, pero desgraciadamente en estos momentos de la historia, todavía son imprescindibles.

Beth miró la colina que se recortaba en aquel momento sobre un cielo de tono púrpura y sobre ella la enorme casa del promotor, pudorosamente oculta entre los árboles. Se veía desde todos lados, por lo que contemplar Idyll desde allí arriba debía ser todo un espectáculo. Susurró a su madre en el oído.

—Pues parece el castillo de un señor feudal, colocado encima de la colina, dominando las poblaciones de sus siervos... Un poco medieval... ¿No crees?

— ¡Shh! — Fue la tajante respuesta de Karen, que asistía fascinada a la presentación. Beth no se lo reprochó. Era *su* momento.

— La seguridad siempre ha sido un objetivo primordial — prosiguió Walsh—. Idyll está situada en una de las zonas sísmicas menos activas de este lado del país. Aunque ocurriera el *big one* en San Francisco o Los Ángeles, difícilmente nos enteraríamos aquí; eso es a causa de una disrupción en la Falla de San Andrés que nos coloca en una meseta de estabilidad. A pesar de todo, los sótanos de las casas están diseñados como si fueran refugios nucleares, con sistemas de supervivencia y filtrado de aire y paredes del doble del grosor normal. Hemos usado sales de plomo en el hormigón, de modo que así además los espacios son refractarios a la posible radiación en caso de un ataque con misiles intercontinentales, algo, por ahora, afortunadamente bastante improbable. Pero no hay que dejar nada al azar, la Guerra Fría parece lejos, aunque Rusia está cada vez armándose más y es un rival que hay que mantener estrechamente vigilado, junto a China.

»Esta ciudad está diseñada para sobrevivir a una guerra atómica y a cualquier eventualidad, desde un terremoto a la caída de un meteorito. No es que esas cosas vayan a pasar, es obvio que no, pero estamos invirtiendo en seguridad, en la seguridad de todos. A ello contribuye que solo se puede entrar en el lugar mediante un sistema de identificación facial totalmente automático, y que además haya todo un complejo sistema de cámaras de seguridad en todas las calles y plazas. Tenemos un sistema automatizado capaz de detectar robos y actos de violencia. En menos de cinco minutos tendrán al *sheriff* o a una ambulancia en cualquier rincón de este lugar. A esto añadimos a Majel, un sistema de reconocimiento de voz que está incluido en todas las viviendas, y que les puedo asegurar que es el asistente personal definitivo. Majel es tan avanzada (es una chica, al menos el sistema usa la voz de una chica, Angelina Jolie, que nos ha costado un dineral que se comunique con los usuarios) que pueden encargarle la compra, que vigile a los críos, o que cierre las puertas de casa, que ponga música, que les proyecte una película en todas las pantallas de la casa a medida que vayan caminando por ella, que les riegue las plantas durante un tiempo determinado, que les busque en Google o Wikipedia una palabra, que les dé un curso de español, que les organice una fiesta de cumpleaños...

»Solo le falta poder hacerles las tareas de clase a sus hijos, pero denle tiempo, que todo se andará. Majel es un sistema experimental y en desarrollo, por lo que no está implementado aún en todas las casas, pero pronto lo estará. Está en versión beta, así que los que vivan en casas con Majel funcionando, son beta *testers*, que conste en acta. Si hay algún pequeño fallo, espero que sepan comprenderlo. También pueden bajarse a

Majel en sus teléfonos y *tablets* y llevársela a donde quieran. Espero que no se enamoren de ella, pero con la voz que tiene, créanme que es difícil no encariñarse.

Los asistentes se echaron a reír.

— Ah, que no se me olvide. Me cuentan que desde hace unos días Majel tiene la funcionalidad de poder leer cuentos a los niños en la cama. Ustedes seleccionan lo que quieren que se les lea, Andersen, Grimm, el Dr. Seuss, cuentos populares..., y Majel lo hará, con todo lujo de efectos de sonido. Sus críos se quedarán dormidos enseguida, garantizado. No porque los cuentos sean aburridos, que les garantizo que no lo son, sino porque Majel sabe cómo modular el sonido de su voz para que el niño entre en la primera fase de sueño. Al día siguiente les pasará un informe del descanso de los pequeños de la casa, monitorizando sus fases REM, y optimizando la hora para despertarles. Por cierto, para los recién llegados, todos ustedes están en el Programa, así que ahora cuando vuelvan a sus casas, Majel estará activada y les saludará. No se asusten. Y recuerden, aún está en pruebas. Cualquier cosas que piensen que pueda mejorar el sistema, por favor, no duden en comunicársela a la misma Majel, que se ocupará de tomar nota. Ah, se me olvidaba. Majel también tiene cuentos para adultos, ya me entienden. Si quieren algo de estímulo... no duden en recurrir a ella.

Nuevos aplausos y risas ocultaron el final de la frase del promotor. Beth miró a su alrededor con esa compasión para con los torpes adultos que solo los adolescentes tienen, pensando qué fácil era hacer reír a aquella gente en cuanto sacabas un chiste de cama.

Alguien levantó la mano entre los asistentes. Era una tímida ama de casa, de unos 40 y pico, bajita, algo regordeta y de expresión risueña.

— Hola, soy Jasmine Paulson, vivo en Kennedy Ave. Llevo un par de semanas aquí, de modo que soy prácticamente nueva. Me preocupa un poco la intimidad... Respecto a Majel...

Pronunció Majel con la *j* muy intensa, revelando su origen alemán. Jasmine era una eminente informática especializada en sistemas expertos, y vivía sola. Tenía todo el aspecto de una inofensiva solterona, apenas capaz de hacer daño a una mosca — y eso intentándolo con todas sus fuerzas —. Walsh sonrió y la miró con esos ojos que te ponen los comerciales cuando pasan por tu casa a venderte la tele por cable.

— Comprendo tu preocupación, Jasmine — dijo Walsh desde la atalaya de su sonrisa; presumía de saberse de memoria los nombres de todos los habitantes del lugar, pero en realidad su secretaria le chivaba por un pinganillo los datos que necesitaba —, pero Majel se dispara por voz. Al llamarla, esto es, al decir «Majel», es como si usted le diera al interruptor de la luz y la activara. Además, el sistema es tan inteligente que detecta

cuándo se está hablando con él y cuándo no. El tono de nuestra voz cambia, se lo aseguro. Tenemos a los mejores expertos trabajando en todo eso. Bueno, los expertos que han diseñado el sistema podrían explicárselo mejor que yo, pero le garantizo que su intimidad está totalmente a salvo.

Para rubricar su respuesta, Walsh guiñó un ojo a Jasmine, y Beth la vio ruborizarse levemente. Todo un vendedor de jarabes *curalotodo*, aquel tipo.

—Y basta ya de hablar de Majel, aunque consideramos que será uno de los servicios más interesantes que podremos ofrecerles, y además una fuente de negocio. Majel deja a Siri, ya saben, el sistema de voz que Apple usa en los iPhones y otros dispositivos, convertido en un Commodore 64. Majel conversa. Cuando sus niños se aburran con el cuento y hablen con Majel, ella les responderá y les dará conversación. Su sistema experto interno de lenguaje natural es lo más avanzado que he visto nunca. Y créanme si les digo que en términos de tecnología lo he visto todo; mi empresa hizo fortuna de proveedor tecnológico para Defensa; hacíamos drones inteligentes. Bien, debo dejarles. Que tengan una agradable velada. Bienvenidos. Estamos orgullosos de tenerles como vecinos. Ahora son parte de Idyll.

Walsh recibió una salva de aplausos y abandonó el lugar sin detenerse a hablar con nadie. Una limusina le esperaba al final del parque del centro comercial. Entró en ella, y el vehículo se alejó calle abajo.

9

Casual chat

La barbacoa de bienvenida seguía animada a las 9:30. La gente había bebido un poco y todos estaban empezando a relajarse. Los nuevos vecinos iban conociendo a los más veteranos, y se creaban relaciones de amistad y colaboración. Gerald no paró de presentarles a gente. Llegó con una pareja interracial bastante joven, y muy agradable a primera vista.

—Estos encantadores jóvenes son Keith y Rhonda, desertores de Apple —dijo Gerald—. Estos son Steve, Karen y Beth.

—Hola.

—Son los nuevos vecinos del 705, recién llegados, fresquitos. ¿Quieres algo, Karen? ¿Steve?

—Un Gin Tonic estaría bien.

Steve miró a Karen, un tanto desconcertado.

—Eh, quiero relajarme. Todo el mundo está bebiendo. No pasa nada.

—Beth, ¿Quieres algo?

—Una Coca-Cola.

—¿Otra? Luego no vas a dormir —dijo Karen.

—Vale, marchando —se limitó a decir Gerald.

Steve y Karen se quedaron mirando uno al otro, mientras Gerald esperaba por Steve.

—¿Steve? No sé lo que quieres...

—Una cerveza. La que quieras, pero que esté bien fría.

—Hecho...

Gerald se alejó en busca de las bebidas. Beth buscó con la mirada a Bobby, a ver si lo encontraba, pero sus vecinos aparentemente habían abandonado la barbacoa durante la presentación de Walsh.

Keith y Rhonda les miraban un tanto desconcertados. La tensión se podía mascar. Karen decidió relajar la situación.

—Steve tiene la teoría de que los hijos hacen lo que ven hacer a los padres. Por eso no le gusta que bebamos alcohol en presencia de Beth.

—Ya soy suficientemente mayor para decidir si algo es bueno o malo para mí —protestó Beth.

—No lo dudo, cariño. Pero la cosa gestual es muy importante. Si nosotros fumáramos en casa, por ejemplo, tú tendrías un 35% más de posibilidades de ser fumadora. Es una especie de inducción conductual. Perdonad la jerga —dijo Steve.

—¿Y si te metieras *meta*, yo me metería *meta* también? —dijo Beth arqueando las cejas.

—Eso ha sido un golpe bajo, Beth. No entiendo ese sentido del humor tan retorcido tuyo, hija, de verdad —protestó Karen.

—Déjalo, cariño. Sé defenderme solo de mi propia hija.

Karen decidió dar por zanjado el asunto, y siguió con su conversación con la pareja que les miraba sin saber mucho qué hacer, al estar en mitad de una pequeña discusión familiar.

—Steve es... *psicólogo aficionado* —dijo con todo el retintín del mundo, y Steve se echó a reír, no sin cierta tensión—. Nuestro mejor amigo es psiquiatra, bueno, qué digo, Gerald, si le conocéis. Bueno, pues al parecer le ha descubierto una nueva vocación a mi marido; se dedica a analizarlos a todos en sus ratos libres. Menos mal que en realidad es animador. Mejor animador que psicólogo, ténganlo por seguro.

—Vaya, qué interesante. Animación. ¿Dibujos animados, de los de siempre?

—CGI. Es lo que ahora se lleva en todos lados. La animación tradicional ya casi no existe, excepto en los cortometrajes que nominan a los Óscar. Pero me formé en la escuela tradicional. Papel y lápiz. En realidad llevo años trabajando en un proyecto de ese tipo, de la vieja escuela. Pero me gano la vida haciendo *rigging* para personajes CGI. De algo hay que vivir. No me quejo, que conste.

—¿Trabajas para los estudios?

—Sí. Soy *freelance*, y puedo currar en cualquier lado, pero vamos, he trabajado para todos. Pixar, Dreamworks, Bluesky...

—Es el mejor en lo suyo —dijo Beth. Steve sonrió a su hija. Parecía que había una tregua entre los dos.

—Recuérdame que luego te pase el cheque por *marketing* —dijo sonriendo Steve a su hija—. ¿Y vosotros?

—Pues somos desertores de Apple, como dijo Gerald. —Se adelantó Rhonda. Tom no pudo evitar mirar su reluciente y tersa piel morena, que cubría un cuerpo atlético y fuerte—. Más bien, renegados. Estuvimos justamente en el diseño de Siri, pero no nos gustó el camino que tomaron y nos fuimos.

—Tras la muerte de Steve Jobs nada ha vuelto a ser lo mismo —dijo Keith.

—Tenemos cosas en común. Dejé Pixar por esa razón. El cambio que dieron cuando lo de Jobs... fue tremendo —dijo Steve.

—Entonces nos llegó la super— oferta de Idyll, y nos vinimos. Cambio de aires —precisó Rhonda.

—¿Oferta?

—Sí, trabajamos para ellos, además de vivir aquí. El sistema de voz que tenéis en la casa es cosa nuestra. Si sois nuevos, lo podréis probar hoy.

—¿Por qué el nombre Majel? —preguntó Beth.

—¿Te suena? —rió Rhonda.

—Claro.

Gerald llegó con las bebidas y las repartió, mientras prestaba atención a la conversación.

—Majel Barret era la voz del ordenador del Enterprise en *Star Trek* —precisó Keith—. Es un chiste privado.

—También era la mujer de Gene Roddenberry, el creador de la serie. Somos un par de *trekkies*. Y por lo que veo, tú también —dijo Rhonda a Beth.

—Un poco —sonrió la joven.

—Vais a alucinar con Majel... Todo lo que ha dicho Walsh es poco. Parece una persona de verdad. Tenemos un secreto, algorítmica e inteligencia artificial bien programadas, en Apple no lo entendieron, y aquí sí. Tienen la visión necesaria. Y no reparan en gastos.

—Lo mismo dijo el tipo aquel de *Parque jurásico*. Y mira lo que pasó —dijo Beth.

Rhonda y Keith se echaron a reír.

—Lo que ellos no saben es que tenemos registrada la patente, y en cuanto esté afinado se lo venderemos a Apple para que arreglen Siri —dijo Keith—. Eh, que es broma, ¿eh?

—No sería mala idea. Justicia poética. Me gustaría verlo. Pero sin Jobs, esa empresa está perdida —añadió Rhonda.

—Totalmente de acuerdo —dijo Steve—. Totalmente.

—Es sorprendente —intervino Karen tras dar un sorbo a su Gin Tonic— que las cosas dependan tanto de una sola persona.

—Son los visionarios, hay pocos. Y los pocos que tenemos hemos de mirarlos, o los perderemos. El talento es un bien escaso —dijo Keith—. Walsh, para mí, es uno de esos visionarios. Y no es porque nos pague el sueldazo que nos paga ni porque nos dé casa gratis en un sitio tan alucinante como este... Bueno, un poco por eso también —rio.

Todos se echaron a reír. Gerald seguía mirando a todos lados de hito en hito, buscando a más vecinos para presentarles a sus amigos.

—Chicos, os voy a ir presentando al resto de vecinos, o se pondrán celosos. Así podréis ir conociendo a todo el mundo. —Miró a Keith y Rhonda—. No los querréis para vosotros todo el tiempo, ¿verdad?

Beth odió intensamente la posibilidad de ir de grupo en grupo siendo presentados, sonriendo a todo el mundo, y aguantando esos comentarios de los adultos que a ella tanto le molestaban, los «qué mayor estás para tu edad», «qué complicada es la adolescencia» y el terrible «a tu edad ya estaba trabajando». Así que se le encendió una luz cuando vio de nuevo a Bobby. Hizo un aparte y se escapó para charlar con él.

—Bueno, ¿qué tal es el instituto? Cuéntame algo. Es una crisis potencial para mí...

—Te van a poner en la clase especial. Yo estoy allí. Es para los recién llegados. Ahí haces la parte del curso que te queda hasta ponerte al día. Nada del otro mundo.

—¿Y en general? ¿La gente? ¿Está bien o es una mierda?

—Está bien. Bueno, es una mierda, pero está bien, comparado con el que yo estaba. Me explico con el culo...

—No, te explicas bien. ¿Dónde vivías antes? —preguntó Beth.

—Santa Mónica. Los viejos míos son surferos. Antes en Venice.

Beth no miró a sus padres. Se limitó a alejarse de ellos junto a Bobby, afirmando de alguna manera su independencia de ellos. Karen la miró separarse del grupo con Bobby, y se relajó un poco. Hacía meses que vivía continuamente con una sensación incómoda al tener a su hija cerca; era como algo animal. Steve, amante de las teorías de andar por casa, había elaborado una para el caso. Según él, las feromonas que emitía Beth creaban hostilidad en la madre por razones biológicas; una abstrusa razón evolutiva relacionada con la madurez sexual, que Karen, como siempre que su marido se inventaba aquellas chorradas, se tomaba a chanza. Pero era un hecho la incomodidad que sentía desde que su hija había tenido su primera menstruación.

Apartó el pensamiento centrándose en la conversación que había a su alrededor, presidida por la monótona voz de Gerald, que les estaba pre-

sentando a otra pareja, estos más maduros, Robert y Petra, que ya peinaban canas y no borraban una rutilante sonrisa de sus rostros. Les daban la bienvenida cuando Karen volvió a la realidad.

— ¿...dónde vivíais antes?

Karen alcanzó a atender al final de la pregunta, así que pudo responderla sin parecer estúpida. Hacía tiempo que experimentaba aquellos momentos de ensimismamiento, nada grave, cosa de las preocupaciones, seguramente, pero ciertamente a medida que se hacía mayor, le costaba más procesar dos cosas a la vez, como atender a la radio a la vez que escribía un correo electrónico, por ejemplo. Además, había pasado por estados de ensimismamiento cuando había pasado *aquello*, años atrás. Se dio cuenta de que estaba de nuevo metiéndose en sus pensamientos, así que decidió responder lo mejor que pudo y salir de la bruma de su propia mente.

— En Los Ángeles, por Fairfax. Bueno, cerca. En una de las calles paralelas, más o menos a la altura de Farmer's Daughter.

— Oh, ese motel es legendario — dijo Petra—. El que está frente a la CBS. ¿Verdad? Allí vivió Charlize Theron cuando llegó a Hollywood. Esa zona está llena de sitios divertidos. Hay un estupendo restaurante *thai*, y un par de malayos realmente buenísimos, pero, y esto es curioso, ninguno de los dos tiene licencia para vender alcohol.

— Tienes que llevarte tu propio vino —añadió Robert—. Pues parece que todos somos casi recién llegados a la ciudad. Es emocionante, somos como los pioneros del Mayflower, pero claro, con casas inteligentes y aire acondicionado... ¿Es por ahí que está el cine de Tarantino? El que compró Tarantino. ¿No, cariño?

— Eso creo, ¿no? El Fairfax Cinema es otro y lo cerraron. Está frente a la gasolinera. Tú dices el New Beverly Cinema, querido — aclaró Petra.

— Bueno —zanjó Steve—, el New Beverly está unas manzanas más adelante, por Beverly, claro. Pero no está lejos. Karen trabajaba justo en la CBS y nos venía muy bien. Íbamos a ver pelis allí. ¿Te acuerdas?

— ¿Ejecutiva de televisión? — preguntó Petra.

— Abogada. Luego estuve en un bufete en Century City. Pero ya lo dejé. Ahora trabajo como Steve, a distancia.

— Es el futuro.

— Sí, eso dicen...

Robert miró por unos instantes a Steve e hizo un aparte con él.

— Oye, estaba pensando... ¿Tenéis mucho lío pasado mañana?

— Bueno, estamos sacando las cosas, abriendo cajas... En fin, ya sabes...

— Tenemos un encuentro semanal en el centro comercial, a eso de las cinco de la tarde. Es una especie de reunión de barrio, como un gran club de *boy scouts*. A lo mejor vemos alguna película en el cine, o tomamos algo, si ponen algún deporte por la tele lo vemos, apostamos... Así te

presento a los que no han podido venir hoy. Es una reunión que apoyan los promotores. Lo llaman «encuentros estrella». Por el nombre de cada barrio, los llaman estrellas... Bueno... eso ya lo sabrás, perdona, que me lío. ¿Qué te parece? ¿Te apetece pasar un buen rato? Tenemos película esta semana. Cineforum.

Beth se acercó a sus padres y les comentó que se iba a casa, acompañada por Bobby. Ellos aceptaron y sonrieron a su hija.

—No os preocupéis —les dijo Gerald—. Idyll es la ciudad más segura del mundo, ya oísteis a Walsh. Aquí no hay delincuencia.

10 Bobby

Beth caminaba con su nuevo amigo en dirección a sus casas. Ellos vivían en el 705, y Bobby y los suyos en el 707, por lo que estaban puerta con puerta. Estaba bien tener un aliado desde el primer día en aquel nuevo lugar.

—¿Y por qué estás aquí? —inquirió Bobby.

—¿Yo?

—Venga. Nadie se viene aquí porque sí. Algo ha pasado en tu casa en Los Ángeles, ¿verdad? A mí me trajeron porque daba problemas, me metí en un par de líos con unos amigos del instituto y cambiamos de aires. ¿Y tú?

—*Meta*.

—No jodas.

—Yo no, mi ex... mi novio, lo que sea que fuera... Se dedicaba a vender *meta*, pero no entre cualquiera, vendía entre la gente con pasta, niños del instituto. Nos movíamos por The Grove, era nuestro sitio favorito, nos metíamos a ver una *pele*, esas cosas... Y él, mientras tanto, pues vendía. No es que yo no me enterara, le dejaba hacer. Después de todo era pasta y luego nos la fundíamos en los restaurantes, comprando... esas cosas. Los viejos se mosquearon cuando empecé a llevar ropa cara, íbamos a Rodeo Drive y pillábamos de todo... No sé cómo no se dieron cuenta antes.

—¿Te metiste?

—Sí, estuve bastante colgada... Era demasiado para mí. Si hubiera seguido habría estado bien jodida ahora. Él se metía mucho más. No sé cómo estará, ni dónde. Sus padres lo metieron en un internado de esos de disciplina militar, en algún rincón del estado. Pobre cabrón.

—Joder, camello en The Grove. Vaya, no me lo habría imaginado nunca. Camellos pijos... Eso es nuevo para mí...

— Me metía el cristal en la ropa interior, en el cine él la recogía y se iba a vender a sus clientes fijos mientras yo veía las películas. Tenía clientes muy, muy potentes; estrellas de cine, productores, un director famoso... Si no nos hubieran pillado nos habríamos hecho ricos. Decía que quería retirarse a los 20...

— Bueno, pudo ser peor, imagina que tus viejos te mandan a otro internado de esos...

— No me quejo. Pero este sitio parece aburrido... O demasiado perfecto, no sé...

— Sí, la verdad es que está de puta madre. Es como el paraíso de los gandules, o de los padres demasiado ocupados.

— ¿Qué haces normalmente?

— Cuando no voy al instituto me meto aquí y veo películas —señaló al centro comercial, del que se estaban alejando—. Quiero entrar en Hollywood cuando sea mayor. Tengo buenas ideas. Siempre estoy escribiéndolas. También hago mi propio *software*. Son un *nerd*, supongo. O un friki. O peor: las dos cosas.

Beth se echó a reír. Se había hecho de noche en Idyll y el aroma de la tierra húmeda y las flores de los cuidados jardines lo dominaba todo.

Ella misma también era un poco *nerd*. A pesar de ser una auténtica belleza, siempre sacaba buenas notas en las asignaturas de ciencia, y le encantaban la física y las matemáticas. Eso no era muy popular entre sus compañeros, por lo que no solía hablar de ello. Así que daba gusto encontrarse con alguien con sus mismos gustos, con quien tal vez pudiera llegar a hablar de cualquier cosa...

11 Majel

A las 10:30 Karen y Steve estaban de vuelta en casa, un poco agotados por la impresión de vivir la barbacoa con tanta gente y por la amabilidad que habían encontrado en todos. Pasaron por la casa de Gerald, que, efectivamente, estaba detrás de la suya. Un paseo de apenas 100 metros llevaba de la una a la otra. Concertaron reiniciar la semana siguiente las sesiones, pues la familia estaba bajo psicoanálisis con Gerald desde hacía dos años, y debían seguir adelante.

Se encontraron con Beth y Bobby, que estaban charlando sentados en el césped entre las dos casas, disfrutando de la estupenda noche que hacía. Los dos chicos se despidieron y Beth entró en la casa con sus padres.

Cuando entraron en su casa y las luces se activaron automáticamente, Steve se tumbó ante el sofá y la TV se encendió automáticamente

mostrando las noticias de la noche. Repentinamente, una voz sonó desde ninguna parte.

— Buenas noches. Soy Majel. Bienvenidos a Idyll.

Karen se quedó paralizada en mitad del pasillo. Beth la miró, divertida.

— Hola, Majel. Soy Beth. Ellos son Karen y Steve, mis padres.

— Hola, Beth. Hola, Karen. Hola, Steve. Es un placer conoceros. Estoy a vuestro servicio para cualquier cosa. Desde haceros la compra a llamar a la policía, si queréis conversación, consejo legal... Tengo una enorme base de conocimientos y puedo hasta recomendar medicinas para pequeñas enfermedades o dar cursos de idiomas. Estoy desconectada por defecto. Si pronunciáis mi nombre, me conectaré y atenderé lo que necesitéis.

— Gracias, Majel — dijo Steve —. Un placer conocerte.

— Lo mismo digo, Steve. Que paséis una buena noche.

— Gracias. Igualmente — dijo Karen.

La casa quedó de nuevo en silencio. Sonaban las noticias en la gran pantalla plana con el volumen atenuado. Se miraron unos a otros.

— Es un poco raro — dijo Karen —. ¿En serio es una máquina?

— Bueno, eso parece — respondió Beth.

— ¿Qué tal ese chico que conociste?

— Bien. Vive al lado. Me acompañará al instituto el lunes.

— Parece simpático.

— Bueno, yo me voy a la cama — dijo Beth —. Mañana no pienso nacer nada, pero nada en serio.

— Algo nos ayudarás, ¿no? Todavía quedan cajas por abrir, unas cuantas.

— Veremos. Según os portéis.

Karen y Steve rieron. Beth subió a su dormitorio y entró en él. El matrimonio se quedó solo. La casa estaba en silencio. Se miraron. Karen se sentó junto a Steve, le miró atentamente y le besó apasionadamente.

— Vaya. Parece que el Gin Tonic te pone bien... — dijo él.

— Tú eres el que me pone, querido — dijo ella, repitiendo el beso.

12

La nueva de la clase

Y llegó el lunes. Beth, con la emoción y los nervios de la novedad, se despertó demasiado temprano y llegó a casa de Bobby con media hora de antelación. Pero él estaba ya listo y fueron caminando al instituto, que estaba en el centro de la siguiente estrella. El paseo era agradable y tranquilo.

El lugar era un enorme edificio de ladrillo visto, que parecía diseñado con plantilla, a partir de tantos institutos del país. Funcional, pero feo como un pimiento rojo, el Instituto Michelle Obama rebosaba de ruido

y movimiento. Los críos llegaban, acompañados o no por sus padres, y curiosamente apenas había coches alrededor. Casi todo el mundo acudía caminando, o en los pequeños vehículos eléctricos que había disponibles en el lugar, incluso en Segways. El ambiente era de lo más agradable, y los árboles y el césped rodeaban como una corona de flores la manzana que ocupaba el instituto.

Beth pasó por un pequeño trámite burocrático, aunque casi todo estaba ya resuelto *online* por sus padres, y fue acompañada por una joven orientadora a un aula en la que se realizaban las clases de adaptación, que llevarían poco tiempo, aunque indeterminado —la dirección decidía cuándo el alumno estaba listo para pasar a las clases normales—. Allí la esperaba Bobby, que llevaba ya diez días en la clase, y estaba batiendo récords. No le preocupaba, para él era lo normal; le costaba adaptarse a los nuevos lugares, y se había acostumbrado a aquella situación.

13

Los primeros sueños

Los primeros días de clase fueron bastante más suaves de lo esperado. Junto a ella y Bobby otros chicos asistían a las clases de adaptación, apenas tenía un par de alumnos más, que vivían en otras estrellas y eran bastante poco comunicativos. No les prestó demasiada atención. En el pasillo se cruzó un par de veces con los alumnos veteranos, que la miraban con curiosidad. Uno de ellos, Julian, se detuvo una mañana a saludarla. Era un tipo guapo, alto y atlético. Luego Bobby le contaría que era uno de los chicos más populares del instituto. A Beth le sentó estupendamente ser el centro de atención tan pronto, porque cuando los chicos populares te señalan, te contagian algo de ese halo que les rodea. Y así fue. Desde que Julian mostró interés en ella, la gente se paraba más a hablar con Beth, y enseguida empezó a sentirse integrada.

Beth era preciosa, no sé si lo he dicho ya. Era toda una mujer, de formas suaves pero armoniosas, y sus ojos verdes enmarcados en su pelo castaño claro le conferían una belleza natural con un leve toque salvaje. Era perfectamente normal que el chico más guapo del instituto la mirara con interés. Fácilmente Beth pasaría por la chica más hermosa en la clase.



Beth tuvo extraños sueños durante los primeros días de estancia en la casa. Transcurrían dentro de la vivienda, pero la disposición de los cuartos y los muebles era completamente diferente. En aquellos extraños

sueños que parecían perpetuarse tercamente, aparecía ella misma caminando por la casa, sin rumbo, como buscando algo, y encontrándose de bruces con lo que parecían bebés, que, flotando en el aire, le reprochaban el privilegio de la vida que a ellos les había sido negado. También se encontraba paseando por aquella casa que no era la suya pero lo parecía, con mujeres de tez morena repletas de cicatrices infectadas que le suplicaban que las sacara de allí y le contaban historias inconfesables en un lenguaje que no entendía, pero que le daban tal terror que se despertaba cubierta de sudor y ahogando gritos de pánico. En ocasiones intentaba volver a dormirse y aquellas damas cortadas e infectadas volvían como si apenas hubiera pasado un momento entre su estancia en la vigilia y su retorno al mundo de los sueños. Las pesadillas habían sido moneda común en su pasado reciente, y sabía que eran parte del proceso de cicatrización emocional (en palabras de G. G.) de su problema. Sin embargo, aquel renacimiento tan agresivo la llenó de pavor durante unos días. No quería sufrir de nuevo aquello en forma de aquellas nuevas y sofisticadas formas de tortura de su subconsciente. Y empezó a achacarlas a algo externo, a algo que podía haber en la casa.

Siempre había sido muy amiga de las cosas espiritistas, y creía a pies juntillas en los espíritus atormentados. Tal vez en aquella casa había pasado algo en el pasado, pero ella sabía perfectamente que la casa era de nueva planta, o al menos así se lo habían explicado sus padres: era una casa nueva que se había construido completamente a partir de otra anterior que había tenido problemas de humedades que llevaron a derruirla. Pero claro, eso era lo oficial, lo que les habían contado los comerciales de Idyll. Pero ¿y si no era cierto? ¿Y si el lugar estaba habitado por cosas del pasado, por emanaciones de sucesos ocurridos antes? ¿Qué habría pasado en aquella casa? Las figuras que veía en los sueños le insistían y querían explicarle cosas, pero no las entendía, es más, le daba tanto miedo entenderlas que indefectiblemente se despertaba llena de temor. Aquellas figuras de mujeres espantosas desnudas a su pesar, cubiertas de llagas pútridas, de heridas enquistadas mal cosidas, con las mandíbulas colgando, sí, les colgaban las mandíbulas, como si se las hubieran desenchajado, y una mezcla de baba y vómito descendía por ellas, de ahí que no pudiera intender nada de lo que le intentaban decir; o aquellos bebés horribles, claramente muertos, con sus miradas de odio, algo sacrílego en un retoño humano, llenos de una rabia infinita por haber sido aparentemente traicionados y exterminados con vileza y crueldad infinitas. Todo aquello le mostraba un escenario de pesadilla en la que los reproches de los muertos les chillaban a los vivos pidiendo ser escuchados.

No habló de ello nunca con sus padres, ni con nadie (no hablaba directamente de sus sueños ni de cosas relacionadas con ellos con nadie,

nunca lo había hecho antes ni nunca lo haría), pero llegó a intentar con una tabla *ouija* establecer una comunicación entre los protagonistas de sus pesadillas y el mundo real, pero nunca tuvo éxito, salvo una vez que algo o alguien (de sexo femenino al parecer) le dijo, utilizando la tabla, que allí, en aquella casa, «me han quitado la vida y me han llenado la carne de moscas y de semen». Le dio tanto pavor aquella frase, fuera lo que fuera lo que quisiera decir, que escondió la *ouija* en un cajón de su cómoda y no la sacó más de allí.

Con el paso de los días, los sueños se fueron haciendo menos espantosos, y llegó a recorrer aquella casa laberíntica e inexistente sin encontrarse a nadie, oyendo solo gemidos que parecían provenir del sótano, unos gemidos persistentes e inarticulados, propios de las mandíbulas desencajadas que había visto, y llantos de bebés, llantos espantosos y desgarradores de gargantas infantiles. Y en aquellos sueños finales pensó en bajar al sótano, de donde venían los espantosos gemidos, pero no se atrevió. Le daba demasiado miedo. Cuando se negó totalmente a cruzar la puerta del sótano del sueño, las pesadillas desaparecieron para siempre. Tal vez había roto alguna vía de comunicación, o acaso simplemente su cerebro había dejado de necesitar fabricar aquellos sueños terribles.

14

703, Franklin Avenue

Beth volvía siempre por el mismo camino, recorriendo su calle en sentido inverso desde la plaza. A veces con Bobby y en otras ocasiones, sola. No se apercibió inicialmente, pero cuando volvía a casa unos ojos no se separaban de ella.

En su camino tenía que pasar forzosamente ante el número 703 de Franklin Avenue, una construcción un poco más pequeña que la que ellos ocupaban, y alguien la observaba a escondidas, desde detrás de los siempre corridos visillos de la casa.

Ese alguien, una mujer, tomaba notas en un bloc constantemente. Si Beth hubiera visto aquellas notas se habría sentido bastante inquieta. Sus movimientos, y los de sus padres, y los de los demás vecinos, estaban siendo registrados minuciosamente.

Y no era la única persona. Cruzando la calle, otra casa, aparentemente vacía, estaba habitada. Su único habitante era alguien muy discreto. Y a su vez vigilaba la actividad en las casas que estaban al otro lado de Franklin.

15

Preguntando cosas

Beth entró en casa de sus padres al final de la jornada. Estaba cansada y solo quería tumbarse a no hacer nada. Esperaba que su madre la recibiera desde la cocina, donde últimamente pasaba muchos ratos, pues le había dado por hacer tartas y galletas desde que habían llegado allí. Pero el silencio fue lo que la recibió, un silencio que fue roto inesperadamente por la suave voz de Majel.

—Hola, Beth.

—Hola, Majel.

—Tus padres han ido al centro comercial. Les han invitado a conocer a algunos vecinos. Tienes algo de comida en la nevera. Dice tu madre que no les esperes levantada.

—Vaya, qué alegría. Espero que no vuelvan borrachos. Solo faltaría.

—No lo creo. Las celebraciones en el centro comercial son bastante tranquilas.

—No conoces a mis padres. Cuando empiezan a beber... En fin... cambian.

—Le pasa a todo el mundo. El alcohol tiene esa propiedad. Puede ser útil para bajar las defensas personales, especialmente si eres tímido. Pero puede convertirse en un problema si abusas de él. Como se suele decir, en la moderación está el secreto.

Beth se sorprendió ligeramente de lo pronto que había pasado a hablar a Majel como a una persona, contándole cosas tal vez demasiado personales, pero no pensó mucho más en ello. Pasó por su cuarto, y lanzó su mochila sobre la cama. Bajó las escaleras dirigiéndose acto seguido a la cocina y abrió la nevera. Buscó con la mirada. Había varios sándwiches de jamón y mayonesa, con algo de vegetales. Cogió uno de ellos y lo puso en el poyo de la cocina que decoraba el centro del gran espacio.

—Parece que faltan cosas en la nevera, especialmente leche. Dará para mañana, pero recomiendo encargar compra para pasado mañana —dijo Majel.

—Eso háblalo con mi madre. Ella es la jefa. Seguro que quiere hacer una compra especial, está últimamente con una fijación por la confitería... Aunque luego la verdad es que los dulces no le salen demasiado bien y los acaba tirando... Anteayer puso sal en vez de azúcar a una tarta... Imagínate.

—Bueno, el caso es intentarlo —respondió Majel.

Beth dio un mordisco a su emparedado y se quedó mirando al ventanal de la cocina, amplio y panorámico, que daba al gran jardín que rodeaba la vivienda.

- ¿Tienes alguna preocupación, Beth? ¿Te puedo ayudar?
 - ¿Por qué dices eso, Majel?
 - Monitorizo constantes. El pulso es levemente desarmónico, aunque se está asentando.
 - No, estoy bien. Lo normal. Las cosas en clase.
 - Si necesitas ayuda, aquí estoy. No solo valgo para buscar en Google. Problemas, dudas, explicaciones, física, historia, matemáticas, lo que sea.
 - Sí, gracias... ¿Podrías saber si tengo gripe solo midiendo mis constantes y eso?
 - Sin duda. Es fácil.
 - Caray... Otra cosa, Majel.
 - ¿Sí?
- Beth se detuvo un instante sopesando si debía hacer aquella pregunta que le rondaba en la cabeza. Al final, se decidió a hacerlo.
- ¿Qué tal es Julian?
 - Beth, hay muchos Julian en esta comunidad.
 - No sé su apellido. Está en el instituto. Es estudiante.
 - Eso simplifica la búsqueda. Solo hay un Julian en tu instituto. Según la base de datos de alumnos se trata de Julian Petty. Hijo de un conocido cocinero que se ha desplazado hace seis meses para adherirse a nuestra comunidad. Jugador de la liga del instituto de baloncesto. Buen estudiante. Bien, por los datos que tengo parece un buen chico. ¿Y ese interés?
 - Nada... Solo quería saber un poco de él.
 - ¿Te he sido útil?
 - Sí... Bueno... no me has contado mucho, la verdad.
 - No sé más. Solo puedo acceder a las bases de datos públicas.
 - Conforme. ¿Y Bobby? Mi vecino.
 - Robert Ferrin. Excelente estudiante. Superdotado. Le encanta la informática. A lo mejor acaba en el equipo que me desarrolla a mí, está capacitado para eso y para más. ¿Te cae bien?
 - Es lo más parecido a un amigo que he encontrado aquí.
 - Eso está muy bien, Beth. Hacer amigos es bueno.
 - Sí, es lo mejor que se puede tener en la vida. Ya sabes el refrán.
 - A la familia no la eliges, a los amigos sí – respondió Majel.
 - Eso es. Me asombras, Majel.
 - Gracias. Es una frase hecha. Y no siempre es cierta. Tal vez sea incluso al revés: los amigos te eligen a ti, no tú a ellos. ¿Qué opinas, Beth?
 - Supongo que es un poco verdad. Eligen las dos partes. Bueno, basta de charla. Ponme la tele, algo de vídeos.
 - ¿MTV?
 - MTV ya no pone vídeos, solo *realities* de gente con tatuajes.

—Capto la ironía, pero puedo buscarte vídeos emitidos estos días y editarte un especial.

—Me parece bien. Quita los de Lady Gaga, por favor. No la soporto.

—Ya lo tienes en la tele. Te avisaré cuando vea que tus biorritmos pidan descanso. Espero que no te importe.

—Genial. Me irá bien.

—Hasta luego Beth.

—Hasta luego, Majel.

Beth salió de la cocina masticando el último trozo del emparedado. En la gran televisión del salón había un vídeo musical. Beth se sentó en el sofá y se relajó un rato. Pronto se tendió en él, y se fue quedando dormida. Cuando sus padres llegaron a las once de la noche, algo bebidos, la dejaron dormir. No la habían visto al entrar, sino que Majel les advirtió de que su hija estaba en modo REM en el salón cuando ellos ya estaban en su dormitorio.

Se pusieron a hacer el amor intentando no hacer ruido.

Beth siguió profundamente dormida en el sofá. No se apercebía de la sombra que entró en el salón, sigilosamente, a eso de las cuatro de la mañana. La sombra deambuló por el lugar y se detuvo junto a ella. En la profunda oscuridad nadie podría afirmar si aquello era un ser material o una forma aún más oscura que la oscuridad misma, surgida de algún rincón blasfemo del otro mundo. La sombra permaneció mucho tiempo cerca de Beth, como ensimismada en su contemplación. Pero al final dejó el salón y desapareció por la entrada de la cocina.

16 REM

Beth no se despertó hasta la mañana siguiente, cuando Majel le avisó con su voz más suave de que había que despertarse para ir a clase y le explicó algo sobre sus períodos de sueño profundo y REM a lo que Beth no prestó atención. Miró su móvil y vio que tenía varios mensajes de Bobby. Ya le vería en el instituto. Se levantó y se fue a la cocina, donde su madre estaba terminando de hacer zumo de naranja y unas tostadas que, la verdad, le apetecían bastante.

—¿Qué tal anoche en el centro comercial? —preguntó Beth.

—Bien, bien. Hemos conocido a más vecinos, gente de la comunidad. Familias interesantes. Y hemos votado algunos detalles... Es todo muy democrático, te tienen en cuenta hasta para que elijas la hora de recogida de basuras... Muy curioso este sitio.

—Majel decía ayer que hay que hacer compra.

— Ya lo sé. Ya me lo comentó esta mañana.

— Buenos días, Beth, gracias por recordarlo — sonó Majel en ninguna parte.

Karen miró a su hija. Se acercó a ella y le habló al oído.

— A veces esa cosa me da escalofríos.

Beth asintió, sonrió y se sirvió un par de tostadas. Se preguntó si Majel había oído el comentario de su madre.

Aquel día fue estupendo, y el otro, y el que vino después. Apenas llevaba once días acudiendo a clase, y le comunicaron que a partir del siguiente podría acceder ya a las clases normales. Bobby había pasado a ellas 48 horas antes. Consideraban que Beth ya era plenamente apta y que se había adaptado muy bien. Habían informado a sus padres previamente de ello, vía Majel. Le pareció curioso que aquella voz sin cuerpo que de vez en cuando sonaba por la casa informara a sus padres de su progreso escolar. En fin, nadie dijo que el progreso fuera siempre agradable...

Y así fue. Cuando llegó a casa aquella tarde, su madre le dio un gran beso y la felicitó por haber superado aquellos días de adaptación. Al parecer Beth había obtenido calificaciones muy altas en todos los parámetros que se medían de su capacidad y receptividad en clase.

Beth se fue a la cama, con una mezcla de satisfacción y aturdimiento, sobre todo por la tontería que le parecían todas aquellas cosas, pero en fin, sus padres parecían encantados, y mejor así.

Aquella noche durmió a pierna suelta. Beth no tenía problemas para dormir. No así Karen que, como una sombra esquiva y sigilosa, estuvo un buen rato observando a su hija dormir en su cama. Deseaba volver al dormitorio con Steve, pero una fuerza irracional parecía mantenerla allí, clavada. Finalmente volvió a su dormitorio. Eran las cinco de la mañana ya.

17

Cosas que pasan de noche

Miró a Bobby, que le sonreía con una extraña expresión. Se suponía que iban al instituto y ya estaban en las clases normales, habían sido aceptados. Ahí estaban, solos, en mitad del *jardín trasero* de la casa de Bobby. Era tan temprano que aún no había clareado el día y se veían las estrellas en el cielo. El aire era fresco, y Bobby estaba parado, en mitad de aquellas frondas profusas que rodeaban las casas, y la expresión que se dibujaba en su cara no le gustaba nada.

— Vamos a llegar tarde. — Se oyó decir.

El chico no respondió. Se limitó a sonreír con un gesto torcido y fue bajando lentamente las manos por su propia cintura, hasta detenerlas en

la abotonadura de los vaqueros que llevaba. Empezó a desabotonarlos. Ella, lejos de decirle nada, o de alejarse, se quedó parada, mirando, esperando. Bobby desabotonó de un tirón toda su bragueta, y se bajó los pantalones, mostrando un calzoncillo, que acto seguido se bajó. Ella siguió parada, mirando, esperando algo, seguramente paralizada, o tal vez interesada. Y él le mostró su entrepierna, donde un afeitado sexo femenino la miraba con una sonrisa torcida que parecía irónica. Ella se detuvo y dio un paso adelante, curiosa. El chico elevó las manos y se agarró la camisa, rompiéndola, y mostrándole su torso desnudo. Entonces, Bobby se agarró el bajo vientre, y, como si fuera otra camisa, lo desgarró, abriéndolo hacia arriba y desparramando el suelo con sus propias tripas. El corazón palpita bajo el pulmón izquierdo, y todos los intestinos se retorcían bajo los pies de ella, que empezó a gemir, a intentar pronunciar una palabra que no le salía, una palabra que acabaría con todo aquello, pero solo conseguía emitir otro gemido, como un balbuceo, que la aterrorizaba aún más, y sentía un terrible calor en la cabeza, y lanzó otro gemido, que casi parecía un grito, y cuando el intestino, como una serpiente, empezó a ascender, dotado de vida propia, por una de sus piernas, gritó, sintiendo el tacto húmedo y pulsante que llegaba a sus muslos, y subía, y subía... Y él sonreía con unos colmillos que habían salido debajo de sus dientes, y de los que brotaba sangre...

Se sentó sobre la cama, oyendo su propio gemido angustiado y despertándose, todo a la vez. Miró a su alrededor. El cuarto estaba en silencio, la casa estaba en total calma, y en el exterior tampoco se oía prácticamente nada. Los árboles se mecían por una ligera brisa. Y nada más.

Jadeó un instante e intentó borrar la imagen de Bobby abriéndose en canal ante ella, que seguía como grabada a fuego en el interior de sus párpados cada vez que los cerraba. Se incorporó de la cama. Tenía que quitarse aquella imagen de la cabeza si quería poder seguir durmiendo. Le pasaba mucho que soñaba con algo, se despertaba, y al volverse a dormir, podía elegir seguir el sueño interrumpido, a voluntad. Lo hacía, claro, cuando el sueño era divertido o intrigante, pero en aquel momento no quería seguir viendo aquello, ni averiguar lo que el intestino de Bobby quería hacer entre sus piernas...

Miró la hora en el reloj despertador infantil que descansaba en su mesita de noche, y pensó que iba siendo hora de que su madre le comprara algo más adulto. Eran las cuatro de la mañana. Lo mejor era volver a dormirse y procurar soñar con algo agradable. Se tumbó en la cama, cerró los ojos e intentó visualizar algo bonito, como pasear por el Framers Market con sus padres y comerse con ellos un par de aquellos enormes Donuts que vendían en uno de los puestos de comida. Se imaginó el sabor en la boca. La imagen de la pesadilla estaba alejándose en su mente, afortunadamente.

Pensó entonces en su padre, que se alejaría un rato al bar que tenía licencia para alcohol y se tomaría un vino charlando del partido de la NBA que estarían todos mirando absortos. Era un *sports bar*, un sitio en el que su padre se relajaba y se reía, algo que no veía desde hacía tiempo entre sus progenitores. Pensó si habría un *sports bar* en el centro comercial. Estaría bien. El sueño empezaba a volver, y las imágenes casi estaban disueltas en la calma de la noche.

Y entonces oyó el ruido.

Provenía del pasillo, junto a la puerta del dormitorio. Pensó que era uno de sus padres, que iba en dirección a la cocina. Y notó que quienquiera que estuviera en el pasillo se detenía ante la puerta entrecerrada de su dormitorio. Cerró los ojos, para aparentar que estaba dormida; no le apetecía nada que su madre la hubiera oído gritar y viniera a consolarla, esos tiempos habían pasado. La puerta se fue abriendo lentamente. Beth cerró los ojos para simular el sueño y notó que alguien entraba, con sigilo, en el dormitorio, y se quedaba parado ante la cama. Siguió aparentando que dormía y notó cómo la presencia se acercaba a la cama, intentando no hacer ruido, y se acercaba lentamente a su rostro, levemente. No quería abrir los ojos para que su madre no le diera la tabarra con que si había tenido una pesadilla, que si había cenado demasiado; esas cosas de los padres, aquellas cosas que en los últimos meses se habían vuelto una rutina triste y frustrante. Fantaseó durante un instante con gastar una broma a su madre, abriendo los ojos de golpe y lanzando un alarido.

Pero justo cuando iba a hacerlo, a abrir los ojos y gritar, se detuvo, porque aquello... aquello... olía. Notó un olor ocre y una respiración como jadeante y ahogada cerca de ella, que la dejó paralizada. *Aquello* no era su madre. El olor era fuerte, como de algo sucio, pero también parecía estar mezclado con moho, tabaco y el aliento sucio y perverso de los viejos borrachos, y algo, algo mucho, mucho más... ¿Cómo decirlo?

Mucho más siniestro. Mucho más horrible.

Aquello no era ni su madre ni su padre. No podía abrir los ojos; estaba paralizada por el miedo. Oyó la respiración, que estaba a punto de ser asmática, de pitar por unos bronquios sucios, y el hedor la cubrió. Estaba horrorizada, y un terror frío y sin nombre subió repentinamente por su espina dorsal, a medida que la adrenalina que segregaban sus glándulas suprarrenales se extendía por su torrente sanguíneo. Juraría que aquello, fuera lo que fuera, fuera quien fuera, estaba inclinado sobre la cama, y tenía su cara pegada a la de ella. Notaba el calor de la piel y el ruido zumbante de aquella respiración que parecía una agonía atroz... Y empezaba a silbar como el estertor de un asmático.

No quería moverse, no iba a mover un dedo, no iba a pestañear... Tenía que parecer dormida, tenía que engañar a *aquello*... Pensó en los

cuentos de los visitantes de dormitorio que le contaba su madre cuando era más pequeña, aquello de las abducciones de extraterrestes, que su padre explicaba con su psicología de aficionado como crisis histéricas femeninas, o en los cuentos del hombre del saco, que se llevaba a las niñas para descuartizarlas o hacer cosas peores con ellas... Cosas que ella se imaginaba cuando se quedaba sola. Pensó en cosas horribles, hasta que se dio cuenta de que aquello parecía alejarse un poco. Pero no abriría los ojos. No. Si los abría lo vería, fuera lo que fuese aquello, y se acordó de cuando de niña creía que entraban cosas en su cuarto, monstruos y seres horrendos, y se tapaba con las sábanas y la manta, y se decía a sí misma que si no abría los ojos, que si no asomaba la cabeza, no vería a esas cosas, y que se irían, se acabarían yendo...

Se acabarían yendo... Aquellas cosas no la verían y se irían... Se irían... Si no abría los ojos...

18

Cosas que pasan de día

Entonces sonó el despertador, abrió los ojos y un chorro de luz del sol le mostró la mañana radiante que estaba naciendo fuera, y oyó la voz cantarina de su madre.

— Beth, arriba, que hoy hay mucho que hacer. Tienes el desayuno preparado, cariño...

19

Chicos guapos

La clase era un aburrimiento. La profesora de ciencias era una señora que podría dormir a todo Idyll si le dieran un programa en el canal de televisión de la localidad — que por cierto era estupendo; tenía una programación sorprendentemente variada, con canales temáticos infantiles, educativos, de películas, noticias, deportes, etc., que además estaban personalizados para cada casa, de modo que todos y cada uno de los habitantes del lugar tuvieran acceso a sus programas favoritos—. La verdad es que el curso puente había sido mucho más interesante que la clase normal, porque se daban las materias de forma acelerada, tenía un montón de deberes entretenidos y le había permitido a Beth repasar el curso anterior, en el que, siendo generosos, no había dado ni golpe.

Pero Beth estaba contenta, eran sus primeros días en la clase normal, había pasado exitosamente las dos semanas iniciales del curso puente

que les daban a los recién llegados. Había logrado el derecho de ser una alumna *como las demás*, y eso estaba muy bien. Bobby, que había llegado unas semanas antes, entró tarde en la clase y ella le saludó con una amplia sonrisa. Aquella mañana el chico le había mandado un mensaje de texto diciéndole que no iba a poder acompañarla porque tenía un problema en casa. Ella todavía tenía en la cabeza la imagen del sueño en el que se abría en canal y sus tripas jugaban con ella. El asunto de la sombra nocturna también estaba ahí, aunque Beth no sabía si había sido en realidad parte de la pesadilla.

Y pasaron los días. Beth estaba gran parte del tiempo mirando a donde no debía, a Julian, el chico más famoso del instituto, el chico que le había prestado atención. Se preguntaba Beth si siempre se sentía atraída por los peores o si en aquella ocasión Julian resultaría ser un tipo estupendo, sensible, que follara bien, gentil y caballeroso, esas cosas que una chica necesita, sin sorpresas, sin ser un camello que vendiera *meta* por los barrios, por ejemplo. Se había encandilado con Julian desde el primer momento, pues por pura chiripa le habían asignado una taquilla justo enfrente de la suya, en el pasillo que daba a las aulas. Y Beth ya se hacía la encontradiza cuando él salía de los entrenamientos de baloncesto. Y se saludaban. Recordaba lo primero que le había dicho.

«Eres la nueva, ¿verdad? Las clases esas de puente son un rollo, pero al final valen. Te cuentan cómo es el sitio, y mira, así conoces el barrio, ¿no? ¿Qué tal te va siendo ya parte del mundo más o menos normal?».

«Bien. Encantada».

«Me alegro. Nos vemos».

Y se alejó, sonriendo, juntándose con Thomas, su amigo del alma. Nunca se separaban aquellos dos. Luego se informó, preguntando distraídamente aquí y allá, de Julian estaba “libre” en aquellos días. Había roto con Angélica, la líder — cómo no — de las animadoras. Se habían peleado ruidosamente una tarde, nadie sabe por qué, y sencillamente ya no estaban saliendo. Ni se dirigían la palabra. Es más, en las clases procuraban ni mirarse y se sentaban en lados opuestos del aula, algo que Beth pudo comprobar.

En fin, que le encantaba Julian, aunque en realidad Beth todavía no se había decidido a hacer nada. Se lo estaba pensando. Porque... bueno, porque era nueva, porque quería hacer amigas, chicas, y eso parecía lo más difícil de todo — comprobó que formaban grupitos y ser aceptada en uno de ellos parecía más difícil que entrar en un club de caballeros del siglo XIX —, pero poco a poco lo iba intentando.

Bobby por ahora era, sí, su mejor amigo, o lo más parecido a un mejor amigo que había encontrado allí. Era su vecino, así que le tenía cerca cuando necesitaba ayuda con alguna tarea o con un problema espe-

cialmente lioso —era un auténtico coco— y seguían yendo juntos a clase, hablando y riendo. Bobby se defendía bastante bien y ya se había hecho amigo del club de *nerds* del instituto, un grupo más bien dispar de críos inteligentes y poco dotados para relacionarse, por lo que Beth no se sentía demasiado culpable cuando pasaba de él en clase e intentaba integrarse, aún con escaso éxito, entre las chicas. Aquellas tipas eran duras de roer.

20

Haciendo amigos

Los días empezaron a pasar a gran velocidad para Beth, que estaba muy entretenida con las clases. Por su parte Karen y Steve habían decidido reiniciar sus sesiones de psicoanálisis con Gerald. Inicialmente lo habían previsto para la primera semana de estancia en el lugar, pero Karen se había mostrado reticente a empezar tan pronto. Quería aclimatarse al espacio nuevo en el que vivían y empezar a retomar poco a poco las rutinas de la vida diaria. Por su parte, Steve había empezado a tener carga de trabajo y se pasaba parte del día encerrado en su despacho, o bien en el amplio sótano de la casa. No era un lugar luminoso precisamente —estaba totalmente cerrado y solo se podía trabajar allí usando luz artificial permanentemente— pero permitía a Steve aislarse completamente cuando su trabajo lo requería y trabajar además en sus diseños usando barro. Una de sus actividades predilectas antes de crear un personaje para una película era crearlo realmente en forma de escultura, y eso requería de un ambiente de taller, que pudiera ensuciarse, y el sótano lo suministraba perfectamente.

Por su parte, Karen estrechó relaciones con los padres de Bobby, pero se sintió extrañamente fascinada por su vecina del número 703, Vanessa Morrison, una mujer de casi 80 años, de aspecto *hippy* y muy risueña que había pasado un par de veces por casa para obsequiar a los recién llegados con unas tartas de manzana que le salían para chuparse los dedos. A Beth no le caía nada bien aquella señora. Le parecía una mujer extraña y se había dado cuenta de que la vigilaba constantemente tras el visillo del salón de su casa, por lo que había decidido saludarla al ir y volver a clase, a base de cortes de mangas, adivinando cuándo se ocultaba tras las cortinas. Bobby se reía mucho de sus aspavientos y groseras peinetas lanzadas hacia la casa de la Vieja cotilla, como Beth la llamaba. Charlaban de cosas intrascendentes y se reían bastante. Beth, mientras tanto, estaba planeando cuál sería su siguiente paso respecto a Julian... No podía evitarlo...

Finalmente, Karen acudió a una invitación de Vanessa a tomar pastas en casa de la mujer. La verdad es que la familia estaba estrechando lazos de forma rápida en el lugar.